

**LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA EN LA OBRA
DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO**

HERNANDO ZULUAGA SUÁREZ

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MAESTRÍA EN TEOLOGÍA
MEDELLÍN
2015**

**LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA
EN LA OBRA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO**

HERNANDO ZULUAGA SUÁREZ

Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Teología

**Asesor
JOSÉ URIEL PATIÑO FRANCO
Doctor en Teología**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MAESTRÍA EN TEOLOGÍA
MEDELLÍN
2015**

Medellín, 28 de enero de 2015

Yo, **Hernando Zuluaga Suárez**

"Declaro que esta tesis (o trabajo de grado) no ha sido presentada para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en ésta o cualquier otra universidad" Art. 82 Régimen Discente de Formación Avanzada.

Hernando Zuluaga Suárez, Mtro.
Firma *10.561.603 Mtro.*

CONTENIDO

	pág.
INTRODUCCIÓN	10
1. ELEMENTOS PRESENTES EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA	12
1.1. La fe, experiencia sagrada que se transmite en la familia	14
1.1.1. La fe en la revelación bíblica	16
1.1.2. La fe en la tradición eclesial	20
1.1.3. La fe en el magisterio eclesial	22
1.1.4. Definición posconciliar de la fe	24
1.2. Transmisores y receptores de la fe en la familia	26
1.2.1. El matrimonio	26
1.2.2. La comunidad parroquial	29
1.2.3. Los centros educativos	30
1.2.4. Los medios de comunicación social	31
1.3. Elementos que condicionan la transmisión de la fe en la familia	31
1.3.1. El entorno natural	31
1.3.2. La realidad económica	32
1.3.3. El panorama sociopolítico	34
1.3.4. El ambiente eclesial	35
2. INFLUENCIAS PRECEDENTES EN LA OBRA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO EN LO RELACIONADO CON LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA	37

	pág.
2.1. Vida y obra del Cardenal López Trujillo	37
2.1.1. Antes de su ministerio episcopal en Medellín	37
2.1.2. Durante su ministerio episcopal en Medellín	40
2.1.3. Durante su servicio en la curia romana	41
2.2. Influencias de la sagrada escritura	43
2.2.1. Antiguo Testamento	43
2.2.2. Nuevo Testamento	45
2.3. Los escritos de los padres de la iglesia	48
2.3.1. Los padres apostólicos	48
2.3.2. Los padres occidentales	50
2.3.3. Los padres orientales	52
2.4. Los escritos de los doctores de la iglesia	53
2.5. Los escritos magisteriales de la iglesia	55
2.6. Los teólogos contemporáneos	58
2.7. Los filósofos y literatos contemporáneos	61
2.8. Los hombres de ciencia contemporáneos	63
3. CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO	
EN LO CONCERNIENTE A LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN FAMILIA	67
3.1. Designio de dios sobre la familia	67
3.2. Naturaleza de la familia	69
3.3. El valor insustituible del matrimonio	71
3.4. El amor conyugal	73
3.5. El amor paternal y maternal	76
3.6. El amor filial	80

	pág.
3.7. Algunas realidades problemáticas en la familia como eje transmisor de la fe	84
3.8. La iglesia, asamblea de familias, como transmisora de la fe	89
4. IMPLICACIONES TEOLÓGICAS Y PASTORALES DE LA OBRA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO EN LA ACTUALIDAD EN CUANTO A LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA	101
4.1. La cultura de la vida como condición de posibilidad para la transmisión de la fe en la familia	102
4.2. La nueva evangelización familiar como imperativo del tiempo presente	109
4.3. Estrategias y métodos sugeridos para la transmisión de la fe en familia	115
CONCLUSIONES	124
BIBLIOGRAFÍA	126

GLOSARIO

CNC: Centro Nacional de Consultoría.

CT: Catechesi Tradendae.

EG: Evangelii Gaudium.

LF: Lumen Fidei.

RESUMEN

El presente producto investigativo se refiere a la transmisión de la fe en la familia, atendiendo a las reflexiones que sobre el tema realizó el Cardenal López Trujillo en distintas publicaciones, tales como libros y artículos de revistas de carácter teológico y pastoral, que surgieron como producto de sus intervenciones como presidente del Consejo Pontificio para la Familia.

Al comienzo se ofrece una reflexión genérica sobre los distintos elementos que intervienen en el proceso de comunicación de la fe en el hogar cristiano, tales como el contenido de la transmisión (la fe), las fuentes de la revelación, los transmisores y receptores de la fe y las condiciones contextuales en las que la fe se desarrolla.

Luego se analizan las influencias, que sobre esta materia, marcaron con mayor intensidad el trabajo académico del Cardenal colombiano. Finalmente se ofrece una serie de aportes que, en lo relativo a la transmisión de la fe en el hogar, ha realizado el pastor y pensador López Trujillo.

Palabras clave: Transmisión de Fe; Familia; Nueva Evangelización.

ABSTRACT

This research product makes reference to the transmission of faith within the family, taking into account the reflections written by the Cardinal Lopez Trujillo in various publications, such as theological and pastoral books and journal articles, which were the product of his speeches as the president of the Pontifical Council for the Family.

First, the article provides a general reflection on the different elements involved in the process of transmitting the faith in Christian family, such as the content of the transmission (faith), the sources of revelation, the transmitters and receivers of faith and the contexts and conditions in which faith is developed.

Then, we analyze the influences that on this matter strongly marked the academic work of the Colombian Cardinal. Finally, this paper provides some other thoughts that the pastor and thinker Lopez Trujillo has issued about the transmission of faith at home.

Keywords: Transmission of Faith; family; New Evangelization.

INTRODUCCIÓN

Este producto de investigación se enmarca en un área de estudio vigente a nivel teológico y pastoral: la transmisión de la fe. En la actualidad se registra un creciente interés por relacionar este fenómeno con la realidad familiar. Consciente de esta necesidad, se explora particularmente el aporte realizado por un pastor y pensador de la talla del Cardenal Alfonso López Trujillo.

Para tal efecto se consideran, en primera instancia, los distintos elementos que concurren en el proceso de transmisión de la fe al interior del hogar cristiano. Se resalta el contenido de tal comunicación: la fe presente en la revelación bíblica, la tradición y el magisterio eclesial. Se atiende también a la comprensión de la fe desde el postconcilio y a los distintos transmisores de la fe cristiana: el matrimonio, la parroquia, la escuela y los medios de comunicación. Estos elementos se sitúan en el contexto natural, económico, sociopolítico y eclesial.

Luego de la presentación de estas condiciones genéricas relativas a la transmisión de la fe en la familia se ofrece una breve reseña biográfica del Cardenal López, acompañada de un registro de los textos más influyentes en su obra a nivel teológico desde la Sagrada Escritura, los padres y doctores de la Iglesia y los documentos magisteriales. También se tienen en cuenta, en este sentido, las obras teológicas, filosóficas y literarias que más impactaron en la reflexión de López Trujillo en cuanto a comunicación de la fe en el hogar.

Luego se brindan las consideraciones del prelado colombiano en cuanto al designio de Dios sobre la familia y el valor insustituible del matrimonio.

También se resalta el amor conyugal, paternal – maternal, filial y fraternal como base de la transmisión de la fe en familia. Se indican, además, algunas realidades problemáticas en la familia en el proceso de transmisión de la fe.

Finalmente, bajo la óptica de López Trujillo, se presenta la cultura de la vida como condición de posibilidad de la comunicación de la fe en el hogar y se sugieren métodos y estrategias para realizar la nueva evangelización familiar en el contexto actual. Se destaca, además, la relación que presenta la reflexión de López en cuanto a transmisión de fe en el hogar con la Conferencia de Aparecida y el próximo Sínodo Extraordinario convocado por el Papa Francisco. De tal forma que se establece una línea de reflexión teológica y pastoral en cuanto a evangelización y familia entre López Trujillo y Jorge Mario Bergoglio que tiene como vértice la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano.

1. ELEMENTOS PRESENTES EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA

Las estadísticas señalan que el número de católicos en el mundo sigue siendo notable. Si bien se aprecia un crecimiento de la Iglesia en África y Asia, en América y Europa se percibe un proceso de descristianización constante que se refleja en el bajo número de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Según el Anuario Pontificio 2012, el informe más reciente sobre el estado de la Iglesia católica, hay 1.196 millones de católicos, o lo que es lo mismo, un sexto de la población mundial... El crecimiento de la Iglesia está virando de Occidente hacia Oriente... En América tan sólo hubo 40 vocaciones sacerdotales más que el año anterior y en toda Europa bajaron 905 (Rome Reports, <http://www.romereports.com/palio/america-es-el-continente-con-mas-catolicos-pero-donde-mas-crece-la-iglesia-es-en-asia-y-africa-spanish-9467.html>).

Nuestro país no es ajeno a este proceso de secularización creciente que trata de minar los contenidos y valores de nuestra fe. Recientemente se adelantó una encuesta en cuatro ciudades de Colombia acerca de la nueva realidad de la familia colombiana que deja al descubierto la existencia de modos de vida ajenos a los principios tradicionales del cristianismo católico.

En el contexto colombiano se aprecia actualmente que existe un gran segmento de la población (principalmente en los estratos bajos) donde no es tan frecuente el matrimonio sacramental siendo muy escaso el porcentaje de padres que habla de religión con sus hijos.

Como consecuencia de la ideología secularista, cada vez es más alto el margen de quienes apoyan las uniones de personas del mismo sexo (el llamado “matrimonio igualitario”) y las adopciones de niños por tales parejas.

Estos son los datos que, al respecto, aporta el Centro Nacional de Consultoría: en lo que respecta a la denominada “unión libre”, en el estrato 1 la cifra se eleva al 47%; en el estrato 3 alcanza el 38%; en el estrato 6 la cifra es del 14%. De 772 encuestados que tienen hijos, sólo el 2% de los padres habla de religión con sus menores. El tiempo dedicado por los padres a conversar con los hijos es de 34,1 minutos diarios en promedio. El 29% de los encuestados está de acuerdo con el “matrimonio civil” entre personas del mismo sexo y el 22% apoya la adopción de hijos por parte de parejas homosexuales. Por tanto, la mayoría de los encuestados considera que el matrimonio lo constituye un hombre y una mujer (CNC, 2012).

Estos elementos permiten plantear un problema de grandes magnitudes en el ámbito pastoral de la teología que se enmarca dentro de la transmisión de la fe en la familia. Es preciso recordar, al respecto, que la tradición eclesial propone un modelo de familia determinado para lograr la comunicación real y efectiva de la fe desde los momentos iniciales de la existencia humana.

Es urgente determinar los modos más adecuados para lograr la comunicación de la fe dentro de la comunidad familiar en contextos problemáticos y saturados por elementos que generan la indiferencia religiosa. Este es uno de los retos más urgentes de la Iglesia. Es preciso examinar las interacciones que se producen entre los elementos que intervienen en la comunicación intrafamiliar de la fe: el contenido predicativo, los transmisores del mensaje, los receptores, la realidad contextual, el lenguaje y las mediaciones empleadas.

En el presente capítulo se ofrece la caracterización de cada uno de los elementos que, a mi juicio, concurren en el proceso de la transmisión de la fe. En primer lugar, se reflexiona en torno al contenido de la comunicación que se establece; en este caso se trata de la fe como experiencia sagrada que se transmite en familia. Esta fe compartida tiene especificaciones: se halla presente en la Sagrada Escritura, en la Tradición eclesial y en el Magisterio de la Iglesia. Por tanto, se hace referencia al contenido de la transmisión de la fe tal y como lo ofrece la Iglesia Católica. Además es oportuno indicar las nuevas acepciones que en torno a la fe se ofrecen luego del Concilio Vaticano II en virtud de que tal lenguaje es el pertinente para la transmisión eficaz del mensaje cristiano al interior de la comunidad familiar.

Cada familia se halla inmersa en una realidad eclesial básica en la transmisión de la fe; se trata de la comunidad parroquial (integrada por el obispo, el sacerdote y los fieles laicos). También los centros educativos y los medios de comunicación juegan un papel importante en el proceso de la enseñanza de la fe porque interactúan con los miembros de la comunidad familiar.

También considero oportuno atender a la realidad contextual contemporánea en la que se sitúa la transmisión de la fe en la familia. Para tal efecto se aborda en este capítulo una descripción del entorno natural, la realidad económica, el panorama sociopolítico y el ambiente eclesial. Estas realidades constituyen el ámbito general en el que se circunscribe la familia e influyen en la comunicación de la fe.

1.1. La fe, experiencia sagrada que se transmite en la familia

La fe puede y debe transmitirse en familia en virtud de la búsqueda que Dios ha hecho de su creatura favorita, el ser humano. Él oferta la salvación

saliendo a nuestro encuentro. A lo largo de la Sagrada Escritura percibimos este éxodo del Señor hacia su pueblo.

El proceso de revelación es la manifestación de la voluntad de Dios a cada uno de nosotros en lo que constituye la historia de la salvación. Tal propuesta salvífica se extiende hasta el hoy de nuestras familias gracias a las distintas mediaciones que posibilitan la comunicación de lo divino con lo humano.

En este sentido Lois (2002) indica que somos creyentes gracias a que Dios nos ha donado la fe. La Buena Noticia de salvación nos ha sido anunciada y ofertada a través de determinados procesos de transmisión en los que intervienen mediaciones humanas. El sujeto que recibe la transmisión responde con su adhesión libre y de fe (p. 33-34).

El acontecimiento de la fe nunca ocurre en nuestra vida familiar de manera forzada. Dios realiza una propuesta que puede ser acogida libre y voluntariamente por cada uno de nosotros. El Señor aguarda pacientemente nuestra actitud receptiva frente a su mensaje de amor.

No obstante lo anterior, es necesario indicar cuál es la naturaleza verdadera del Dios que sale a nuestro encuentro. No se trata de un ser imaginario, fantástico o ilusorio. Es el misterio de Dios Uno y Trino que se sitúa delante de cada familia de bautizados para invitarla a la comunión con Él.

Es la realidad del Padre, enseñada por su Hijo, con la fuerza del Espíritu Santo, la que cada miembro de la familia cristiana está llamado a conocer para luego responder con generosidad, de tal forma que el núcleo de la fe en el hogar ha de tener dos componentes, tal como lo expresa Del Campo (2005):

... en torno a este núcleo central de la fe, que a su vez constituye el eje de la misma (teocentrismo trinitario y cristocentrismo) la transmisión de la fe habrá de articular y ordenar todo el contenido de la fe cristiana (p. 88).

Esta experiencia de la Trinidad realizada en y por Cristo puede ser captada por nuestras familias gracias al testimonio de fe dado por generaciones. No somos los primeros ni los únicos en ser invitados al vínculo con la Trinidad. Hay una ingente cantidad de hombres y mujeres que nos ha precedido en la fe. Es preciso atender a sus relatos y sus experiencias de tal encuentro, que se acopian en la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia.

Sin este cuerpo creyente, la asamblea santa llamada Iglesia, nuestra captación del misterio trinitario sería nula. Es preciso que cada miembro de nuestras familias abra su ser a tales testimonios primarios de la fe. Esta apertura es netamente personal:

Encontrarse con el Dios de Jesús es encontrarse con los que han acogido en la fe el mensaje de su revelación, porque el acceso a esa revelación sólo es posible desde la libertad de cada cual, cuando viva por sí mismo ese encuentro. En otras palabras: la fe es transmisible en cuanto que puede ser el contenido del testimonio (Madrigal, 2012, p. 274).

1.1.1. La fe en la revelación bíblica

La Sagrada Escritura presenta el camino de la fe que todo cristiano debe recorrer. Sus páginas recogen la experiencia viva de Dios en medio de su pueblo santo, conformado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el marco de la historia es donde ocurre la manifestación continua de la presencia y la voluntad divina a una comunidad determinada. Bien lo explica Ramírez (1976):

La Escritura es la tradición de la historia de la salvación, es decir, la entrega a nosotros de una historia humana, que es la historia de la salvación, porque el sujeto actuante no es aquí simplemente el hombre, sino Dios, el Salvador (p. 20).

La Biblia demuestra que la revelación de Dios es captada por el hombre. Él se siente visitado, inundado o poseído por la presencia de lo sagrado. La teofanía es la síntesis de este acto revelador de la intimidad divina a lo humano.

Este acontecimiento sobrecogedor remueve la totalidad del ser personal, su vida interior y su capacidad de relación. De ahí que suscite la reinterpretación cabal de la realidad subjetiva y objetiva. Es decir, la revelación conlleva de parte del ser racional y libre la respuesta de la fe en el contexto de la historia de la salvación.

El punto culmen de la revelación bíblica se halla en Jesucristo. Él es la manifestación concreta y directa del amor del Padre. Por esto el acercamiento a la máxima y plena revelación de Yahvé es la posibilidad novedosa que aporta la revelación neotestamentaria. La fe, entonces, consiste en conocer, amar y servir a Jesucristo, imagen visible de la divinidad de Israel y revelador nítido del Reino de Dios.

El acontecimiento pascual de Cristo es el núcleo fundamental de la fe cristiana que se narra en los evangelios y las cartas de la comunidad eclesial primitiva. El creyente en Jesucristo depende de su adhesión a este misterio sublime que se constituye en fuente suprema de salvación para cada persona en particular. Así lo confirma el Papa Francisco:

En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo (LF, n. 54).

La validez de los datos transmitidos por evangelistas y apóstoles queda garantizada por el carácter testimonial de sus relatos. Se trata de experiencias compartidas a partir de un encuentro personal con Jesucristo que se sitúan en el plano histórico concreto porque implican el ser y la capacidad de relación de profunda intimidad del ser humano. Esta experiencia directa de Cristo puede suscitarse de tres maneras: por contacto vital con Jesús, como sujeto existente en Palestina hace 2000 años (Jn 19,35), por lectura de textos de la Escritura Santa que lo ubican como centro de su mensaje, o por audición de fe acerca de su ser y doctrina.

A lo largo de las páginas del Nuevo Testamento se insiste en que la proclamación realizada por los apóstoles o testigos tiene su fundamento en la realidad. Son auténticas y creíbles sus narraciones porque provienen, la mayor parte de ellas, de la experiencia directa de Cristo y sus misterios. Así lo corrobora 2 Pe 1,16.

Pablo de Tarso fue uno de aquellos personajes que a lo largo de la historia de la Iglesia pudo gozar de un encuentro real de fe con Jesucristo. Se convirtió en transmisor eficaz del Evangelio por la cuenca del Mediterráneo a pocos años de la existencia histórica del Mesías. Son las casas paganas su centro de predicación en las cuales se constituyen las primitivas comunidades cristianas diseminadas por Palestina, Siria, Asia Menor, la región balcánica, Grecia e Italia:

Pablo y su grupo de creyentes cristianos convertidos del judaísmo fueron expulsados sucesivamente de las sinagogas, por eso debieron buscar otro escenario para el Evangelio. Se configuró de esta manera un nuevo tablado, las casas de familias paganas. Pablo se insertó en ellas y las transformó en familias cristianas, en comunidades solidarias, cuando tomaron conciencia de la realidad de Jesús resucitado, vivo en los miembros de estos hogares (Cardona, 2006, p. 19).

Acerca del kerigma pregonado por Pablo y los demás apóstoles afirma Daniélou (1998):

La primera característica de este anuncio es el ser una proclamación oficial. El que habla, lo hace oficialmente en nombre de Dios, como heraldo suyo. El kerigma abarca todo aquello que concierne a la esencia misma del misterio cristiano, sin desarrollo ni por menores, y tiene esencialmente por objeto la Resurrección de Cristo (p. 10).

Más allá de la predicación kerigmática la Iglesia primitiva avanza en el proceso de transmisión de la fe y logra dar el paso desde las comunidades familiares, en las que aparecen los carismas espontáneos, hasta una formalización eclesial de matiz institucional capaz de hacer frente a posibles errores doctrinales generalizados (herejías) y disonancias en la vida comunitaria. El carácter regulador y normativo del cuerpo de creyentes aumenta con el paso del tiempo. Hacia el siglo II esta tendencia se generaliza en las Iglesias. Bien lo apunta Cardona (2006):

La Iglesia comenzó como comunidades-familia domésticas, donde era posible una real solidaridad entre sus miembros y sólo vino a ser institución, con figura social definida, cuando se volvieron permanentes las funciones más significativas y estructuradoras de las personas dentro de la comunidad cristiana apropiada como familia doméstica (p. 20).

En síntesis, la Iglesia, a partir de células familiares que cada vez se integraron de mejor manera, recoge en el Nuevo Testamento la vitalidad del testimonio de generaciones anteriores que han experimentado la fe en el Dios único de Israel, hecho concreto en la persona de Cristo y su misterio pascual. Esta recurrencia a los grandes modelos de la fe, tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza, será significativa en el cuerpo de creyentes. Se constituye germinalmente no sólo el credo o asentimiento singular sino colectivo por parte de aquellos que antecederon en el seguimiento leal del Señor.

1.1.2. La fe en la tradición eclesial

La predicación o la exposición del mensaje cristiano del Nuevo Testamento ha buscado siempre un objetivo: el reconocimiento y aceptación (por parte del hombre) del amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado, lo cual supone la salvación. Esta respuesta generosa al amor divino brindado en Jesucristo se denomina fe.

Esta invitación a la fe no cesa hasta nuestros días. La Iglesia, desde sus orígenes apostólicos, presenta la misión de llevar a los pueblos de la tierra a la comunión con Cristo, el Señor. Este hecho motivó la expansión eclesial y el desarrollo de procesos de enseñanza de las verdades de la fe, a partir de la escucha del mensaje kerigmático.

Entre los siglos II y III d.C. aparecen figuras eclesiales capaces de exponer la fe y de defenderla de ataques; surgen los autores eclesiásticos como Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes e Hipólito de Roma. En esta época cobra importancia la “demostración” pública de las razones que se tienen para creer.

Esta proclamación supone un enlace con las generaciones anteriores de cristianos; implica la existencia de una sólida tradición de fe que se mantiene hasta nuestros días. El mensaje revelado se hereda bajo el compromiso de su entrega posterior a otras personas. Así lo afirma Ramírez (1976): “las futuras generaciones cristianas son constituidas también por una experiencia comunitaria de revelación que no puede realizarse de manera independiente de la experiencia original” (p. 30).

Hacia el siglo IV d.C. la catequesis se consolida como “transmisión oral del depósito revelado” (Daniélou, 1998, p. 14) y, guardando la enseñanza de los apóstoles, busca profundizar en el misterio trinitario. La fe es explicitada en virtud de que se determina mejor la realidad tripersonal de Dios en contexto de preparación a la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana con metodología mistagógica. Por tanto, “la economía sacramental, que es al mismo tiempo economía crística, pneumatológica y eclesial, constituye el ámbito de la traditio (transmisión de la fe)” (Richi, 2002, p. 41).

En un contexto comunitario y litúrgico se exponen las verdades esenciales consignadas en los símbolos de la fe y referidas a la vida cristiana concreta. Desafortunadamente este modelo de exposición ordenada de los misterios de la fe (catecumenado primitivo) que conducía a la recepción del bautismo, la confirmación y la eucaristía en la Iglesia antigua fue abandonado con el fin de la época patrística.

Luego del Concilio Vaticano II se realizan serios esfuerzos por recuperar este modo de transmisión de la fe para quienes se acercan a los sacramentos a partir de procesos continuos y profundos de enseñanza de la vida cristiana que se ubican dentro de los planes pastorales que siguen los lineamientos de la nueva evangelización.

1.1.3. La fe en el magisterio eclesial

El magisterio eclesial cumple con la función de interpretar el dato de fe contenido en la Sagrada Escritura y la Tradición. Su discernimiento es básico a la hora de determinarse la correcta definición y expresión de las formulaciones dogmáticas dentro del cuerpo eclesial; en este sentido manifiesta un carisma particular concedido por el Espíritu Santo para custodiar el depósito de la fe, que halla su fuente en la sucesión apostólica.

A lo largo de la historia de la Iglesia, el magisterio sirve ministerialmente en cuanto que examina el contenido de revelación que el cuerpo de los creyentes atesora a fin de garantizar su comunión con la doctrina transmitida desde los tiempos apostólicos. Ramírez (1976) destaca la relación existente entre revelación, Iglesia y magisterio: “el proceso de la experiencia de la revelación que hace la Iglesia y la transmisión de la misma experiencia son asistidos ministerialmente por el magisterio, el cual a su vez es asistido ministerialmente por la teología” (p. 31).

Estas elaboraciones magisteriales se hallan en los compendios de los distintos concilios ecuménicos (que reúnen las definiciones y aclaraciones dogmáticas de los obispos que se hallan en comunión con el Papa) y en los textos pontificios que explicitan la doctrina católica en lo concerniente a la fe y las costumbres.

Desde el Concilio Vaticano II se emplea, en el magisterio reciente eclesial, un nuevo lenguaje adaptado a los nuevos contextos socioculturales que conserva en su totalidad el depósito heredado de la fe.

Pablo VI ofrece en el “Credo del Pueblo de Dios” una síntesis del contenido de la fe cristiana en el que se verifica la continuidad de la tradición

sagrada que permanece intacta, en su esencialidad, con el paso de los siglos en la Iglesia Católica.

Juan Pablo II resalta el nexo existente entre esencia de nuestra fe y la novedad expositiva del dato revelador: “la originalidad irreductible de la identidad cristiana tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe” (CT, n. 58).

El Papa polaco también tributa a la pedagogía de la fe un gran servicio al impulsar la actualización del compendio de la doctrina católica, el Catecismo universal que permanecía invariable desde el siglo XVI y reúne las cuatro bases del cristianismo: la profesión de fe, la celebración del misterio cristiano, las condiciones de la vida cristiana y la oración del creyente, según la estructura propuesta por Hch 2,42 para consolidar la identidad del miembro de la comunidad cristiana primitiva. Además, merece una mención especial la presentación que realiza al hombre contemporáneo, del misterio trinitario (esencia de la fe cristiana) en la trilogía de encíclicas: *Dives in misericordia*, *Redemptor hominis* y *Dominum et vivificantem*.

Comenzando el siglo XXI sobresale el aporte realizado por el Papa Benedicto XVI al convocar el Sínodo de los Obispos sobre la “Nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” y al esbozar los postulados esenciales de la primera encíclica promulgada por el Papa Francisco titulada “Lumen Fidei” en la cual se ofrecen actualizadas definiciones acerca de la primera virtud teologal y su incidencia en la vida concreta del cristiano.

1.1.4. Definición posconciliar de la fe

La fe supone, en la reflexión teológica postconciliar, la existencia de dos realidades: en primer lugar, la divina revelación como base constitutiva y, en segunda instancia, el ser humano como destinatario del hecho salvífico. Por ese motivo se afirma que Cristo se hizo hombre por nuestra salvación. La fe vincula al elemento divino y al componente humano. Ambos polos aparecen en constante y profunda relación. Entre lo humano y lo divino hay estrecha cercanía, manifestada a lo largo de las alianzas de la historia de la salvación y, en particular, en el acontecimiento de la Encarnación del Verbo de Dios.

Estos dos ámbitos son básicos en la comprensión que realiza Juan Pablo II (1982) acerca de la fe luego del Concilio Vaticano II. Para el pensador polaco debe presentarse un doble tipo de enriquecimiento. Por una parte, “la profundización en el contenido de la fe” debe realizarse una mayor clarificación de los datos revelados e indagarse mejor el sentido de las expresiones de fe que encuentran su raíz en el misterio trinitario. En segundo lugar, ha de producirse “el enriquecimiento de la existencia total del hombre creyente que forma parte de la Iglesia” de tal forma que el dato antropológico también es asumido con interés en la reflexión de la fe postconciliar. El hombre es la razón última de la manifestación de Dios. De ahí la preocupación por la inculturación del Evangelio en la pluralidad de representaciones sociales de la época contemporánea, nuevos areópagos del mundo moderno.

Wojtyla (1982) insiste en el carácter existencial de la fe puesto que es el hombre entero el que se implica una vez se produce el contacto con Dios revelado. Por ese motivo afirma que la “obediencia de la fe... afecta a la propia estructura personal del hombre, a todo su dinamismo espiritual” y “no es únicamente respuesta del intelecto a una verdad abstracta” (p. 14). Se produce, entonces, la superación del nivel exclusivamente noético de la fe y se

recupera la cuádruple relación del ser humano creyente: consigo mismo, con Dios, los hermanos y la naturaleza. Se asiste a la encarnación espacial y temporal del dato revelado en una situación histórica concreta.

Este hecho implica la atención a la historia de la salvación dada en la Sagrada Escritura y las comunidades cristianas primitivas. Se requiere el retorno a las fuentes de la revelación en las que se produce la verdadera dimensión de la fe. En palabras de Wojtyla (1982) se produce “el abandono en Dios por parte del hombre” que supone “aceptar la vocación misma y el sentido de la existencia” (p. 14). Es decir, la fe postconciliar parte del presupuesto de la sobrenaturalidad de la vida humana que deriva en la actividad consciente y libre del creyente que compromete su vida por la causa divina. La fe, desde el postconcilio, es definida por Wojtyla como “constante solicitud del hombre para dar una respuesta al Dios que se revela” (p. 17).

Ramírez (1976), por su parte, sitúa la acción humana suscitada por la fe en el encuentro de la persona de Cristo. Se trata de un diálogo interpelante, transformante y directo con Cristo Jesús. Su presencia logra modificar la historia personal y comunitaria gracias al proceso continuo de conversión. El cara a cara con Jesús de Nazaret lleva a ser discípulo, misionero evangelizado, evangelizador. Por eso define el teólogo antioqueño la fe como “la experiencia de revelación de Dios, en último término realizada en Jesucristo” (p. 17).

Esta experiencia personal y comunitaria de Cristo genera múltiples consecuencias en la vida cotidiana porque engendra una nueva manera de existir en el mundo que, en términos de Villar (2001) se denomina “humanismo teologal”, que:

Comporta la precedencia de la ética frente a la técnica; el primado de la persona frente a las cosas; la superioridad del espíritu frente a la materia; en fin, la trascendencia del hombre sobre el mundo, y de Dios sobre el hombre (p. 187).

1.2. Transmisores y receptores de la fe en la familia

1.2.1. El matrimonio

El matrimonio, en cuanto realidad sacramental que vincula indisolublemente a hombre y mujer en condición de esposos fundando una nueva familia cristiana, es el ámbito natural de la transmisión de la fe en tanto que se establece una comunidad centrada en el amor trinitario, de la que también participan los hijos.

La familia cristiana católica constituye la Iglesia doméstica donde se viven los valores más importantes del humanismo cristiano y se halla en relación directa con la realidad parroquial donde intervienen doctrinal y moralmente distintos miembros (obispo, presbítero y laicos) que conservan y transmiten el depósito de la fe y las costumbres eclesiales.

En la familia cada miembro aporta con su palabra y ejemplo al crecimiento de la fe de sus semejantes; por esto la experiencia personal inadecuada puede perjudicar el desarrollo de la fe en las demás personas del hogar. De ahí la importancia de la evangelización y formación de la conciencia cristiana de cada uno de los integrantes de la comunidad familiar.

Para que este proceso educativo de la conciencia sea concretado es necesario que aumente el índice de cantidad y calidad de tiempo de contacto y diálogo intrafamiliar como base fundamental de la transmisión de valores

cristianos, ya que las obligaciones sociales en diversas circunstancias restan cohesión a la institución familiar.

Como progenitor, donante de la vida, el padre debe velar por el crecimiento de la fe de aquellos que se le ha confiado porque es en este ámbito donde alcanza el ser humano su máximo despliegue personal. La autoridad moral del padre se evidencia en el servicio que se traduce en la entrega permanente a los demás miembros del hogar en las tareas de la educación religiosa familiar, el trabajo cotidiano digno, la fidelidad esponsal, el cultivo de valores y virtudes que lo aquilatan como persona. Es, en resumen, un proyecto de vida enmarcado en la santidad el que debe poseer un padre de familia católico que se basa en el ejemplo del padre putativo de Jesús, San José, al que la Escritura llama “varón justo” (Mt 1,19).

La madre dentro de la familia cristiana católica aparece como santuario de la vida porque gesta, da a luz a sus hijos y los acompaña en el proceso de crecimiento infantil y juvenil, apoyada corresponsablemente por su esposo. La ternura convierte a la madre en expresión visible del amor de Dios para quienes comparten la vida familiar y la potencia para anunciar las verdades de la fe a la descendencia que se le ha confiado. Su testimonio es fundamental para la consolidación de los valores cristianos en el seno del hogar en tanto que tradicionalmente se le identifica como el elemento cohesor o el punto de referencia fundamental de la institución familiar. María de Nazaret resalta por su testimonio ejemplar de vida al acompañar lealmente la existencia terrena de Jesús, el Mesías. Ella es, por tanto, modelo inspirador para las madres del tiempo actual.

En la comunidad familiar cristiana los hijos manifiestan la misericordia de Dios que se hace presente en la vida del padre y la madre. Los hijos son un signo visible del pacto nupcial que compromete, en proyecto de vida estable y

duradero, a los cónyuges vinculados matrimonialmente. En este sentido, la descendencia familiar contribuye a afianzar los vínculos de la iglesia doméstica al recibir, conservar y transmitir el depósito de la fe heredado de parte de los mayores.

Desde la más temprana edad los hijos participan de la vida litúrgica y de oración que la Iglesia Católica les brinda. Es el bautismo el primer acontecimiento significativo en la vida cristiana de los niños que se acompaña de la catequesis que anticipa los otros sacramentos de la iniciación cristiana: la eucaristía y la confirmación. Esta vivencia catequética y sacramental debe contribuir al desarrollo del afecto filial, la obediencia y la piedad como auténticas virtudes que expresan la fe de los hijos y enriquecen la experiencia familiar. Justamente, estos son los rasgos que caracterizan al joven Jesús en la casa de Nazaret y que siguen vigentes como modelos existenciales para los menores de familia hoy.

Cada abuelo cristiano representa un legado de sabiduría y servicio en favor de la familia a pesar de la condición falible del ser humano. Los abuelos con su presencia, ejemplo y palabra prestan un servicio a la transmisión de la fe en el hogar porque comunican ternura y bondad a sus nietos, animan y alientan a sus hijos con sus consejos y se convierten en los antepasados comunes del tronco familiar contribuyendo a la cohesión de la iglesia doméstica.

Al comienzo del siglo XXI, ante los riesgos de una sociedad inspirada en el secularismo y el individualismo que puede restar importancia a los ancianos, el papa Benedicto XVI (2008) insiste en que los abuelos “deben seguir siendo testigos de unidad, de valores basados en la fidelidad a un único amor que suscita la fe y la alegría de vivir” (Benedicto XVI, 2008, [http://www.zenit.org/es/articulos/ benedicto-xvi-los-abuelos-su-testimonio-y-su-](http://www.zenit.org/es/articulos/benedicto-xvi-los-abuelos-su-testimonio-y-su-)

presencia-en-la-familia); ellos manifiestan la confianza que se puede tener en Dios a pesar de las pruebas físicas y morales, la efectividad de la solidaridad familiar y el valor preponderante de la dignidad humana frente a cualquier otra categoría o concepto sociocultural.

1.2.2. La comunidad parroquial

De la parroquia hace parte el obispo, el presbítero y el laicado constituido por el conjunto de bautizados en la fe cristiana católica. Todos participan de la transmisión de la fe en la familia, de acuerdo con su vocación y estado de vida específicos.

Quien participa del ministerio episcopal regula los carismas y las funciones de los miembros que hacen parte de la comunidad parroquial; como representante de Cristo Buen Pastor enseña, santifica y rige su grey; su palabra y testimonio apostólico alientan la unidad e identidad de las familias católicas. Además garantiza el nexo de unidad con la Iglesia universal porque es enviado por el Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, para presidir una porción determinada del pueblo de Dios.

El sacerdote, presidiendo la asamblea litúrgica en nombre del obispo, santifica a los miembros de la familia al confeccionar y distribuir los sacramentos. Con su acción profética difunde la palabra evangélica y la doctrina eclesial en los hogares que integran su parroquia; mediante el servicio de la caridad manifiesta los rasgos específicos de Jesús que donó la vida por su rebaño. El presbítero es el referente y el custodio de las buenas costumbres morales de los integrantes de la familia.

Los laicos con su testimonio cotidiano ayudan a la evangelización familiar pues evidencian las virtudes y valores supremos del cristianismo. En

medio de las realidades temporales logran expresar el humanismo contenido en el evangelio que se traduce en acciones de caridad, perdón y servicio conducentes a la instauración de la civilización del amor. Su proclamación explícita del Evangelio es cada vez más notoria dentro de las comunidades parroquiales y su inserción en ministerios específicos de la vida eclesial es necesaria ante la complejidad de la sociedad postmoderna.

1.2.3. Los centros educativos

Una de las acciones laicales que incide con mayor intensidad en la transmisión de la fe en la familia es el servicio educativo que se presenta en las distintas fases del desarrollo biológico, psicológico y social: infancia, adolescencia y adultez. El maestro cristiano cumple con la tarea de contribuir a la formación de la fe y costumbres cristianas dentro de una determinada institución educativa, bien sea del nivel escolar primario, secundario, técnico o universitario. Este ministerio eclesial lo cumple desde la cátedra explícita y con su testimonio cotidiano de vida. Su tarea complementa la evangelización familiar encomendada principalmente a los padres de familia y responsables de la comunidad parroquial.

Un centro educativo, en lo posible, deberá contar con los recursos humanos y logísticos que permitan el desarrollo de una comunidad cristiana en la que se verifica la presencia de la fe y la caridad. Así pues, es loable que cuente con espacios destinados a la oración y la enseñanza religiosa, así como también que contemple dentro de su proyecto educativo el paradigma católico como orientador de su filosofía institucional.

1.2.4. Los medios de comunicación social

La transmisión de la fe a nivel familiar se produce mediante un proceso de comunicación interpersonal directo que ha sido apoyado por el empleo de diversos recursos que sirven en el proceso de evangelización tales como papiros, pergaminos, cartas y libros que no implican necesariamente la presencia física del emisor del mensaje.

Desde el siglo pasado el uso de recursos electrónicos e informáticos por parte de la comunidad eclesial se ha incrementado a tal punto que hoy se cuenta con estaciones radiales y televisivas de identidad católica que laboran con plataformas virtuales en la difusión del evangelio. Estas emisiones llegan directamente a cada integrante del hogar ayudando a la modelación de la conciencia cristiana y a la preservación de su identidad en contextos de diversidad cultural.

Cabe destacarse también la existencia de compañías cinematográficas, librerías y agrupaciones musicales de origen católico que contribuyen al establecimiento del diálogo entre la fe y la cultura en medio de las comunidades familiares. De esta forma se produce el enriquecimiento de la vida hogareña a través de la difusión de la verdad cristiana expresada en realidades simbólicas que se adaptan a las novedosas condiciones sociales.

1.3. Elementos que condicionan la transmisión de la fe en la familia

1.3.1. El entorno natural

La familia cristiana está condicionada por una serie de realidades contextuales que inciden en el proceso de transmisión de la fe. La adecuada relación con el entorno natural es uno de los elementos básicos para que se

logre la comunicación efectiva de las verdades cristianas al interior de la comunidad familiar en virtud de que todo proceso de evangelización supone el cuidado y defensa de la vida.

Cada uno de los miembros del hogar interactúa con el medio ambiente en tanto que sostiene relación ecológica con otros seres creados. Estos recursos son ofrecidos por Dios para que sean administrados racionalmente por su creatura favorita, el ser humano.

Quien experimenta la fe en las entrañas del hogar descubre que la vida se preserva como don del Señor y que las creaturas importan en el plan de salvación pues cada una cumple una función determinada dentro del mundo natural. El evangelizado en casa debe comprender que es Dios providente, a través de las creaturas, quien otorga las condiciones básicas de existencia y tal hecho le suscita actitudes de agradecimiento y responsabilidad.

Esta sabia conciencia cristiana y ecológica se ve amenazada al interior de las familias de la actualidad por las tendencias consumistas e individualistas de la sociedad que conducen a la pérdida de biodiversidad, degradación de tierras cultivables, contaminación de fuentes hídricas y aumento de la polución ambiental. Estos hechos desencadenan el empobrecimiento y la desigualdad entre las comunidades familiares que son efectos contrarios al plan de vida diseñado y revelado por Dios.

1.3.2. La realidad económica

Otro aspecto contextual que influye en el proceso de transmisión de la fe en la familia es la realidad económica. Cada miembro del hogar se halla inserto en la complejidad de fenómenos económicos tanto locales como

globales que lo convierte en sujeto productor y consumidor dentro de determinado mercado.

El Evangelio le señala a la familia la categoría del ser como base fundamental del plan de salvación. Es Dios quien manifiesta plenamente el ser en una persona concreta, Jesucristo, que le indica al ser humano su valor intrínseco. Sin embargo, el esquema actual propuesto por la economía neoliberal sitúa como centro existencial al capital desplazando el valor de la dignidad humana a un segundo plano. Con este presupuesto se amenazan los postulados cristianos en los hogares al instaurarse un modo de vida marcado por el individualismo y la indiferencia que impide la solidaridad y halla en el lucro la clave de la felicidad personal. Una derivación de tal propuesta se concreta en los fenómenos de la delincuencia, el narcotráfico, la corrupción administrativa y la trata de personas que reducen a condición de objetos a los integrantes de la comunidad.

El papa Francisco (2013a), al respecto, señala la causa de la actual crisis económica mundial:

...la grave carencia de su orientación antropológica, que reduce al hombre a una sola de sus necesidades: el consumo. Y peor todavía, hoy se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar...
(p.1, http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2013/may/documents/papa-francesco_20130516_nuovi-ambasciatori_sp.html).

Otras sociedades distintas a las neoliberales han enfatizado en el papel protagónico del Estado que trata de reemplazar a Dios como eje de la dinámica familiar, creando una conciencia secularizada, funcional y amoral.

Por esto es preciso señalarle a la familia cristiana actual su cometido existencial centrado en la caridad mutua, el servicio al prójimo y la comunión de bienes, aún en contextos económicos neoliberales o neomarxistas que pretenden suprimir la verdad revelada como criterio de convivencia social.

1.3.3. El panorama sociopolítico

La transmisión de la fe en la familia se produce en un contexto sociopolítico determinado que influye positiva o negativamente en el proceso de comunicación de verdades, valores y actitudes cristianas.

Desde finales del siglo XX se aprecian en las sociedades occidentales varias características de la postmodernidad tales como: la tendencia al subjetivismo ideológico que desplaza a la conciencia autónoma los criterios de verdad, la democratización de los saberes promovida por la expansión de los medios informáticos de comunicación, el relativismo ideológico que postula la existencia de múltiples verdades de acuerdo con los marcos de referencia empleados, la crisis de la institucionalidad formalizada, la valoración de fugaces fenómenos particulares y la búsqueda de una espiritualidad amoral y aconfesional.

Estas manifestaciones configuran una forma de sociedad en la que los individuos ejercen cada vez más el libre pensamiento carente de verdades constantes y absolutas con la consecuente dificultad de acceso a la revelación sagrada propia del cristianismo. Cristo no aparece en este modelo de sociedad como “camino, verdad y vida”, sino como un predicador más del discurso religioso dentro de la historia universal. Su doble naturaleza humana y divina se diluye y la Iglesia, su cuerpo místico, aparece en este panorama como una institución religiosa más con tendencia a la caducidad.

El sujeto político propio de la postmodernidad es escéptico frente a organizaciones gubernamentales y planes de dirigencia social. Cree en el poder no institucional que ofrecen las redes informáticas y las considera útiles para desmontar regímenes totalitarios de índole religiosa y política. El efecto de esta percepción social es la existencia de individuos incapaces de constituir comunidades humanas reales en las que se asumen compromisos duraderos.

Por eso en la transmisión de la fe al interior de las familias cristianas debe enfatizarse en el valor de la verdad única revelada en la persona de Jesucristo, Dios y hombre, capaz de manifestar a la sociedad contemporánea el significado profundo de su ser. También debe proponerse de nuevo la existencia de comunidades de fe y caridad inspiradas en la verdad evangélica que generen la actitud constante del amor oblativo.

1.3.4. El ambiente eclesial

Desde la segunda mitad del siglo pasado se vive en estado de renovación eclesial en lo que respecta al catolicismo. El Concilio Vaticano II ha propuesto un retorno a las fuentes de la revelación como clave de la constitución de pequeñas comunidades evangelizadas y evangelizadoras en las que se enfatiza el papel protagónico del laicado y el servicio pastoral del clero.

Este hecho ha favorecido la transmisión de la fe al interior de la familia porque miles de católicos han tomado conciencia de su papel eclesial y se han empeñado en un proyecto de vida inspirado en la santidad. El mundo familiar se ha visto enriquecido de múltiples formas por estos testigos del amor de Dios a pesar de que se sitúan en escenarios culturales marcados por la secularización y la postmodernidad. Como ejemplo de tales santos contemporáneos, bien comprometidos con su familia, podemos citar a la

madre y pediatra Santa Gianna Beretta Molla y a la beata Chiara 'Luce' Badano, una joven deportista que falleció antes de cumplir sus veinte años de vida¹.

Por otra parte, la transmisión de la fe en los hogares también ha presentado serias dificultades en los últimos años debido al efecto de la creciente tendencia a la secularización que ofrece la falsa concepción de una sociedad satisfecha pero sin Dios, en la cual se erigen como ídolos el sensacionalismo, el hedonismo y el pragmatismo.

También ha sido nocivo para la comunicación de la fe en la familia el antitestimonio manifestado por los medios de comunicación en las dos últimas décadas que tuvo como protagonistas especialmente a clérigos y religiosos lo cual ha puesto en entredicho la credibilidad de la institución eclesial.

No obstante, al interior de las familias y la sociedad en general, se percibe como positivo el empeño eclesial en bien de los más desfavorecidos a través de diversas instituciones que prestan sus servicios a débiles y desprotegidos. Este ejercicio de la caridad por parte de la Iglesia es bien recibido por los distintos miembros de la familia y se convierte en referente moral para las empresas y gobiernos que asumen la responsabilidad social como principio operativo.

¹ Santa Gianna Beretta Molla nació en Magenta, Italia, en 1922; fue madre de cuatro hijos. Evitó el aborto de su cuarto bebé, sacrificando su vida y confiando en la providencia de Dios. Murió a los 39 años en 1962. Fue beatificada en 1994, Año Internacional de la Familia, y canonizada en 2004 por Juan Pablo II. Es patrona de las mujeres embarazadas y los movimientos pro vida.

Chiara "Luce" Badano nació en Sassello, Italia, en 1971 y fue miembro del Movimiento de los Focolares desde los 9 años; a partir de los 18 años padeció una forma de cáncer óseo que ofreció con alegría y esperanza a Cristo Jesús; falleció el 7 de octubre de 1990 y fue beatificada el 25 de septiembre de 2010.

2. INFLUENCIAS PRECEDENTES EN LA OBRA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO EN LO RELACIONADO CON LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA

Antes de presentar las distintas influencias bíblicas y teológicas que se aprecian en la obra del Cardenal Alfonso López Trujillo en lo que concierne a la transmisión de la fe en la familia conviene señalar los rasgos fundamentales de su existencia en virtud de que un autor es determinado por el ambiente vital en el que desarrolla su reflexión y actividad cotidiana. Variados fueron los escenarios y las personalidades con los que interactuó Monseñor López, los cuales contribuyeron a la gestación de su pensamiento teológico y pastoral en cuanto a la comunicación de la fe en la realidad familiar.

2.1. Vida y obra del Cardenal López Trujillo

2.1.1. Antes de su ministerio episcopal en Medellín

En la entrevista concedida a José Luis Gutiérrez García, director emérito de la Biblioteca de Autores Cristianos, cuenta el prelado colombiano sus orígenes familiares en Villahermosa, Tolima, donde nació el 8 de noviembre de 1935.

Entre mis directos antepasados está Fermín López, profundador de Manizales. Yo diría que soy típico fruto de una clase media influyente en la región. Cuenta en esta, sobre todo, la nobleza de valores arraigados, hondos, de profunda consistencia cristiana, con un sentido vivo de la dignidad del trabajo (Gutiérrez, 1997, p. 21).

El Cardenal conservó un grato recuerdo de sus padres, Aníbal y Esther Julia, que lo educaron cristianamente en la niñez y juventud gracias al buen ejemplo transmitido. El agradecimiento por el amor de casa lo tuvo presente en la oración: “Bendigo a Dios por los padres que me dio. Quienes los conocieron dan testimonio de una comunión de amor, plena, ejemplar. Eran muy apreciados. Jamás los vi discutir. Se dedicaron de lleno a su hogar” (Gutiérrez, 1997, p. 22).

La familia López Trujillo estaba integrada por otros tres hermanos, Aníbal, Asdrúbal y Flavio Augusto, que adelantaron sus estudios en la capital de Colombia y lograron destacarse en la economía, el derecho y la arquitectura, respectivamente.

Alfonso, por su parte, ingresó a los 18 años al Seminario Conciliar de Bogotá, en 1954, y fue ordenado sacerdote el 13 de noviembre de 1960. Continuó su formación en Europa hasta 1963 alcanzando el Doctorado en Filosofía en el Pontificio Instituto Internacional Angelicum de Roma; también realizó un curso de especialización en espiritualidad carmelitana en el Pontificio Instituto de Espiritualidad Teresianum.

Su tesis doctoral se tituló “Liberación cristiana y liberación marxista” y fue publicada por la BAC. Acerca de esta obra comenta Gómez (1997):

En ella manifiesta el estudiante del Angelicum de Roma su preocupación fundamental por cuestiones de antropología filosófica, sobre la verdad del hombre, en relación con la verdad de Dios, y busca encontrar las posibilidades de diálogo –harto reducidas- y los contrastes del pensamiento filosófico y la concepción cristiana del hombre y de la sociedad, con el pensamiento marxista, precisamente en virtud de su contenido antropológico (p. 138).

A su regreso a Colombia fue incorporado al equipo de formación del Seminario Mayor de Bogotá e impartió clases de filosofía, psicología y patrística. Así mismo, fue profesor de la Universidad Nacional, la Universidad Pedagógica y el IDES (Instituto de Estudios Sociales) en la capital del país.

La Conferencia Episcopal de Colombia (2008) destaca algunos hechos eclesiales que precedieron la recepción del palio arzobispal por parte de López Trujillo:

Asistió a la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, del 24 de agosto al 6 de septiembre de 1968, como perito. Elegido Obispo titular de Boseta y nombrado auxiliar de Bogotá, el 25 de febrero de 1971; fue ordenado por Monseñor Aníbal Muñoz Duque. Elegido secretario general del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), en Sucre (Bolivia) el 22 de noviembre de 1972 (p. 106).

Su labor pastoral la complementaba Monseñor López con la redacción de obras que tenían como objeto el análisis de la propuesta de la teología de la liberación en lo concerniente a los puntos de encuentro y divergencia con la doctrina tradicional de la Iglesia y su relación con el pensamiento marxista. Tal tarea fue reconocida en los círculos académicos, así lo expresa Duque (2001):

Desde la orilla apologética y teológica se hizo célebre Alfonso López Trujillo en una producción abundante y prolongada: El marxismo y el derecho de propiedad (1965), La liberación y las liberaciones (1972), Análisis marxista y liberación cristiana (1973), Teologías de la Liberación en América Latina (1974), Liberación o revolución (1975), Socialismo, ¿opción cristiana? (1978) (p. 81).

Permaneció Monseñor López cumpliendo su tarea episcopal en la capital colombiana hasta 1978, año en que fue promovido a la dignidad arzobispal y debió trasladarse a Medellín.

2.1.2. Durante su ministerio episcopal en Medellín

El 22 de mayo de 1978 es nombrado Monseñor López como arzobispo con derecho a sucesión de la Arquidiócesis de Medellín y en 1980 se convierte en arzobispo residencial. Con 43 años llega a la segunda sede metropolitana de importancia en Colombia; con renombre por “el conjunto de sus posibilidades, su estructura, el contar con numerosas parroquias, con tantos colegios, con una Universidad prestigiosa, la Pontificia Universidad Bolivariana...” (Gutiérrez, 1997, p. 67).

El arzobispo López fue nombrado por el papa Pablo VI y confirmado por los papas Juan Pablo I y Juan Pablo II en calidad de Secretario de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se celebró en Puebla, en 1979. Este evento eclesial fue inaugurado por el papa Wojtyła quien encontró hasta el final de su vida en el prelado colombiano un aliado incondicional en sus tareas de anuncio del evangelio y defensa de la familia cristiana.

Precisamente señala Monseñor López la importancia de la presencia de Juan Pablo II en Puebla:

... el hecho de haberla inaugurado personalmente el Sucesor de Pedro tuvo enorme repercusión, no sólo para las tareas desarrolladas sino, también, para el inicio de un pontificado tan dinámico y fecundo, con el sello inconfundible de la evangelización, impulsada con sus visitas pastorales a lo largo y ancho del mundo (Gutiérrez, 1997, p. 136).

Este celo apostólico fue nota común tanto del papa Juan Pablo II como de Monseñor López durante su pastoreo en Medellín. Se preocupó por el desarrollo de la pastoral vocacional, alcanzando un alto número de candidatos al sacerdocio: “Nos propusimos una meta para unos años; llegar a doscientos seminaristas sólo para la Arquidiócesis... El número de 200 seminaristas sólo para Medellín se mantuvo” (Gutiérrez, 1997, p. 74).

Fue elegido presidente del CELAM desde 1979 hasta 1982. Asistió en 1980 a la V Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos en Ciudad del Vaticano. Fue creado Cardenal presbítero el 2 de febrero de 1983. Se desempeñó como presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia entre 1987 y 1990.

La actividad pastoral de Monseñor López fue intensa a lo largo de 12 años de estancia en Medellín. De ello dan cuenta diversas obras de promoción social que se adelantaron en aquel tiempo:

Nacieron así las Vicarías Episcopales de Pastoral Social y de Pastoral Obrera, el Fondo para las parroquias pobres, la coordinación pastoral de las mismas y el fortalecimiento de Fundaciones como Barrios de Jesús (desarrollamos varias urbanizaciones con centenares de casas para los pobres), y centros médicos y de salud, al servicio de la casi totalidad de las parroquias pobres, con un grupo de unos 70 médicos jóvenes dedicados a este trabajo... Se mantuvo el ritmo (de creación) de una parroquia por mes durante los doce años (Gutiérrez, 1997, p. 76).

2.1.3. Durante su servicio en la curia romana

A partir del 8 de noviembre de 1990 ejerce el Cardenal López Trujillo el cargo de presidente del Consejo Pontificio para la Familia con sede en el Vaticano. Se desempeñó en diversos dicasterios de la Curia Romana hasta el

momento de su muerte, el 19 de abril de 2008. Perteneció a la Congregación para la Doctrina de la Fe; la Causa de los Santos; para los Obispos y la Evangelización de los Pueblos. También hizo parte de la Pontificia Comisión para América Latina.

Durante 18 años permaneció al frente del Consejo Pontificio para la Familia, creado por Juan Pablo II, cumpliendo la responsabilidad de salvaguardar los derechos de la vida humana, el matrimonio cristiano y los valores eclesiales en el contexto de la sociedad postmoderna y globalizada que padece la amenaza del individualismo, la secularización y el relativismo.

Por tal motivo, cada vez cobra más vigencia la tarea adelantada por el Cardenal López y este órgano de la curia romana ante la complejidad de fenómenos que inciden directamente sobre la familia: “el dicasterio de la Familia tiene una gran importancia, al margen de quien sea su presidente: Se la dan el momento eclesial actual, el Santo Padre, la incidencia pastoral y las mismas dificultades” (Gutiérrez, 1997, p. 256).

El Cardenal López publicó diversas obras traducidas a varias lenguas en lo relacionado con el cuidado de la vida, la familia y la evangelización de ésta. Su autoridad fue reconocida a nivel mundial en condición de intérprete del magisterio de Juan Pablo II. Así lo comprende el arzobispo de Burdeos, el Cardenal Jean-Pierre Ricard, en el prólogo a la obra “Le grand défi de la famille”:

Il a été un observateur attentif des questions familiales et de leurs évolutions dans tous les milieux et dans tous les pays. Il s'est attaché à promouvoir et à défendre la vie humaine dans toutes ses étapes, de la conception à la mort naturelle, montrant aussi la grandeur de la sexualité et de l'amour humains

vécus dans le mariage et offrant une relecture dens textes fondamentaux du Pape Jean-Paul II en la matiere (López, 2007d, p. III)².

Finalmente, el Cardenal López Trujillo coordinó la celebración de los Encuentros Mundiales de la Familia y los Congresos Teológicos y Pastorales que frente al tema se realizaron en Roma (1994) denominado “La familia, corazón de la civilización del amor”; Río de Janeiro (1997): “La familia, don y compromiso, esperanza de la humanidad”; Roma (2000) titulado “Los hijos, primavera de la familia y de la sociedad”; Manila (2003) que tuvo como tema “La familia cristiana, una buena nueva para el tercer milenio”; Valencia (2006) que se dedicó a “La transmisión de la fe en la familia”.

2.2. Influencias de la sagrada escritura

2.2.1. Antiguo Testamento

Las referencias bíblicas que se hallan en la obra del Cardenal López Trujillo en lo concerniente a la transmisión de la fe en la familia son abundantes. Sin embargo, a partir de la selección de los textos más significativos puede esbozarse el plan de la doctrina revelada que el prelado compartió en sus escritos en favor de la institución matrimonial y su tarea evangelizadora.

En primer lugar, la referencia veterotestamentaria en la obra de López Trujillo alude a temas propios de la antropología teológica que versan sobre el misterio de la persona humana o de lo “humanum” y su verdad. Si se pretende

² El texto traduce en castellano: “Él ha sido un observador atento a las cuestiones familiares y a su evolución en todos los tiempos y en todos los países. Él se ha dedicado a promover y a defender la vida humana en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, mostrando así la grandeza de la sexualidad y del amor humanos en el matrimonio y ofreciendo una relectura de los textos fundamentales del Papa Juan Pablo II en la materia”.

definir a posteriori la familia, debe definirse con claridad la naturaleza humana específica. En este sentido es importante el aporte del Génesis.

En el artículo titulado “El obispo y la pastoral de la familia” (2002, p. 7) indica el Cardenal, a la luz de Gn 1,27.31, el carácter creatural del ser humano y la complementariedad de sexos pues “hombre y mujer” fueron hechos a imagen de Dios. Esta obra creada reviste atributo de “bondad” intrínseca y a la vez remite a la figura de Cristo, imagen perfecta del Padre. Ya desde el albor del origen del hombre se proyecta el misterio de filiación nueva que Cristo concederá en el bautismo para que el ser humano alcance la máxima identidad de imagen con el creador al ser redimido por la misericordia divina.

En la obra “Caminos de evangelización” (1985, p. 23-25) expresa López Trujillo, comentando Gn 3, 5.15, la tendencia del ser humano a negar la gloria a Dios Padre creador, a oscurecer su señorío con la consecuente pérdida de su norte existencial. En este sentido, el hombre y la mujer atienden al falso consejo del tentador: “seréis como dioses”, aspirando a una torcida libertad por senda pervertida. Es la elección libre y voluntaria del pecado la que ocasiona la crisis personal porque el hombre y la mujer ubican sus propias leyes en oposición a las disposiciones divinas; pretende erigirse la criatura en norma suprema de conducta.

Esta moral subjetiva está en boga en la actualidad en diversas sociedades, originando el patrón cultural conocido como secularismo. Ello origina la exclusión de la presencia o acción divina de la historia personal con la consecuente disgregación de la familia y la erosión de la fe.

A lo largo de la historia de la salvación se verifica la presencia del binomio “caída - restauración” o “pecado - redención”. Tal tendencia al pecado es constante en el ser humano a pesar de la dignidad de su origen. El hombre

y la mujer se hallan en permanente lucha contra la realidad de la tentación, de la inclinación al mal. En este ámbito cuentan con la asistencia divina, con la intervención de Dios quien insiste en la recuperación de la dignidad humana perdida al trazar alianza inquebrantable frente al pecador. Como producto de tal iniciativa salvífica se produce la irrupción máxima de la gracia en la plenitud de los tiempos con la Encarnación del Verbo de Dios, Cristo Jesús.

Ya desde el Antiguo Testamento la presencia de la Ley sagrada señala al ser humano su cometido existencial, su patrón de conducta certero. En uno de los mandamientos divinos hace énfasis el Cardenal López en el libro “Familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad” (1997a, p. 37). Comentando Ex 20,12 afirma el prelado la importancia de tributar honra tanto al padre como a la madre porque ellos concedieron la vida, don de Dios, y enseñaron las primeras verdades sagradas. Este imperativo categórico del amor a los progenitores se extiende también a otros parientes o miembros del grupo familiar y evidencia la salud del corazón creyente que rinde honor, afecto y reconocimiento al prójimo cercano que comparte la misma sangre, historia y proyectos comunes. Tal actitud bondadosa, la piedad filial, obtiene recompensa de parte del Señor (cf. Si 7,27-28; Dt 5,16).

2.2.2. Nuevo Testamento

En la literatura neotestamentaria el Cardenal López encuentra el núcleo básico sobre el que se asienta su doctrina sobre la transmisión de la fe en la familia. Parte del misterio de la Encarnación del Verbo, de la kénosis del Hijo de Dios, como fundamento primario de toda posibilidad evangelizadora al interior de la comunidad familiar.

En el texto citado en las líneas anteriores (López, 1997a, p. 53) expresa su admiración frente al Verbo que acampa en medio de la realidad humana (cf.

Jn 1,14), que se hace obediente en el hogar conformado por María y José en Nazaret de Galilea. La obediencia filial de Jesús se convierte en la fuente de la espiritualidad familiar porque traza el itinerario de vida consagrada al Señor como actitud de servicio tanto a Dios como al prójimo más cercano.

Jesús, el nazareno, ya adulto se hace solidario con la realidad de la familia; comparte sus angustias y sus alegrías como lo evidenció en Caná de Galilea al participar de la boda en la que se hace presente el vino de la esperanza y del gozo (cf. Jn 2,1-11). Es Cristo quien entra en diálogo directo con los hermanos que se encuentran sumidos en el desconcierto y anima de nuevo sus corazones con la potencia de su Espíritu de resucitado, manifestado en la fracción del pan eucarístico (cf. Lc 24,13-35). Es, entonces, la celebración eucarística, la comunión con la carne sagrada de Cristo resucitado, el acontecimiento privilegiado para reanimar la vida de las familias que profesan la fe.

Cada una de éstas se conforma, según Mt 19,4-6, por la unión matrimonial de un hombre y una mujer que constituyen “una sola carne”. Este texto es comentado por el Cardenal López en la obra “Familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad” (1997a, p. 9). El prelado destaca el hecho fundacional de la comunidad familiar ante un contexto secularista que trata de olvidar las condiciones naturales de la institución emanada de la voluntad de Dios. El matrimonio conformado por hombre y mujer constituye un don divino que no puede estar sujeto a manipulaciones de orden jurídico por parte de grupos de legisladores. Es decir, ninguna arbitrariedad humana puede vulnerar este principio natural que ha sido revelado por Dios (Gn 2,24) y confirmado por Cristo Jesús.

El grado de amor que los esposos se comunican está señalado en Ef 5,25.31-33 y ha sido motivo de atención por el Cardenal López (1997a, p. 19).

Destaca el prelado colombiano el carácter sacrificial de la entrega esponsal porque marido y mujer llegan a amarse en actitud de donación total y radical si cumplen la exigencia paulina del servicio mutuo tal y como “Cristo amó a la Iglesia”. En una sociedad marcada por el individualismo se presenta el modo de amor ágape como el distintivo de la comunidad conyugal y la vía de configuración con Jesucristo que ofreció su vida en gratuidad desde la cruz en beneficio del ser humano. Así como existe un pacto definitivo entre Dios y el hombre, señalado por la alianza nueva y eterna de Cristo Jesús, así mismo es indestructible y definitiva la comunión establecida por el matrimonio cristiano entre el hombre y la mujer (cf. Mt 19,6).

Esta alianza nupcial sellada por los esposos encuentra su culmen en la generación de la vida, en la donación de la existencia a los hijos. En verdad, “quien acoge a un niño, acoge a Jesús y al Padre que lo ha enviado” (Mt 9,36-37). El matrimonio cristiano es librado del egoísmo, indica al respecto el prelado López Trujillo (1997a, p. 32, 58), cuando manifiesta apertura a la descendencia humana; el corazón de los progenitores se ensancha en el amor al acoger a la prole con los derechos y cuota de sufrimiento que ello implica.

Cada infante llegado a la familia encierra en sí mismo un mensaje de ternura y es motivo de bendición para sus parientes; es “evangelio” viviente. Por tanto, es imposible considerar la transmisión de la fe en el ambiente familiar si no se acepta el don sagrado de la vida naciente. La existencia de Jesús, acogida en el hogar de María y José, destaca este hecho en tanto que sin la realidad de la Encarnación no se consuma la salvación definitiva del género humano; de igual forma, no es factible la prolongación en el tiempo de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, si no se produce la recepción de la vida en el entorno matrimonial.

Finalmente, tal y como lo evidencia 2 Tim 1,5 la fe debe ser heredada por los menores en la casa familiar. Son los mayores quienes oralmente comunican las verdades acerca de Dios a los hijos y nietos desde los primeros años de vida. Así sucedió con Timoteo, discípulo de Pablo, que conoció los fundamentos cristianos de labios de su abuela Loida y su madre Eunice; gozó de la recepción de la fe en su familia.

Basado en este texto neotestamentario insiste el Cardenal, en el artículo titulado “Los ancianos y la familia”, en el valor del hogar como “lugar normal, adecuado, querido por Dios para que la dignidad de los ancianos sea acogida” (1999, p. 78). Son los mayores de casa, con su sabiduría y ejemplo, quienes entregan a las nuevas generaciones el invaluable depósito de la fe.

2.3. Los escritos de los padres de la iglesia

2.3.1. Los padres apostólicos

Se aprecia una notoria influencia de los padres de la Iglesia en la obra del Cardenal López Trujillo en lo referente a la transmisión de la fe en la familia debido a la frecuente citación que de estos autores realiza en sus escritos. Dentro de las fuentes de la tradición eclesial se ubican los textos de la patrística apostólica en especial los de San Ignacio de Antioquía, San Ireneo y la “Carta a Diogneto”.

San Ignacio escribe hacia el año 100 d.C. la “Carta a los romanos”, de la cual toma el capítulo VI como fuente de reflexión el Cardenal López. Ante el martirio inminente el obispo antioqueno pide que le permitan “recibir la luz pura” para ser “verdaderamente hombre”. Esta luz, indica el prelado López Trujillo, es Cristo quien enseña a ser humanos de verdad. Bajo su presencia se logra crecer en la condición de imágenes de Dios. Cristo, entonces,

muestra al ser humano su vocación última porque es la imagen perfecta del Padre; señala al hombre su perfecta realización al revelar el rostro del Dios bondadoso (2000g, p. 596).

En la obra “Adversus Haereses” (capítulo IV) expresa San Ireneo de Lyon hacia el 180 d.C.: “Gloria enim Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei” (la gloria de Dios es el hombre vivo y la vida del hombre es la visión de Dios). Comenta al respecto el Cardenal López que la vocación humana no se agota en el tiempo y la historia porque es trascendente pues se tiende al encuentro pleno con el Señor. Responde así a la “antropología mutilada” que actualmente posee el secularismo al sustraer el concepto de salvación y de realidad escatológica con consecuencias lamentables para la sociedad contemporánea (2007a, p. 11).

Los capítulos V, VI y VII de la “Carta a Diogneto”, documento ateniense del siglo II d.C., son referidos por el prelado colombiano en distintas ocasiones. Estos apartados muestran una primitiva antropología cristiana de la familia pues se presenta a los cristianos como iguales a los demás por su tierra natal, su idioma y sus instituciones; en síntesis, comparten la vida pero sin profesar un pensamiento filosófico humano. Ellos contraen matrimonio y crían hijos; no los pierden pues no se malogra la vida de la prole concebida. Esta protesta inicial contra el crimen del aborto la destaca el Cardenal López Trujillo (2000a, p. 391).

Los creyentes en Cristo, además, “tienen mesa común pero no comparten el lecho”; es decir, viven la exclusividad del amor matrimonial que no puede ser alterado por persona alguna. La totalidad del ser es entregado en forma singular por parte de cada uno de los cónyuges. Ello supone la existencia de la fidelidad como condición de la felicidad esponsal que no excluye dificultades (López, 2000d, p. 469).

La carta citada presenta, además, un “lugar hermoso que Dios nos ha señalado” que en términos del Cardenal López se identifica con Cristo, capaz de generar profunda alegría si se vive la cercanía a los hermanos y se cumple dignamente con la misión asignada. Dice el prelado colombiano que nuestra vida, entonces, debe estar marcada por el agradecimiento y la esperanza de la gloria definitiva (2000n, p. 517).

Estas referencias son fundamentales para situar a la familia en el tiempo actual en clave de relación con Cristo, si pretende hallar cauce seguro de plenitud existencial.

2.3.2. Los padres occidentales

Dentro del grupo de padres latinos, el Cardenal López cita en sus obras referentes a la transmisión de la fe en la familia a Tertuliano, San Cipriano, San Agustín, San Pedro Crisólogo y San León Magno.

Tertuliano, a comienzos del siglo III d.C., escribe el tratado denominado “La penitencia”. El capítulo VIII es comentado por López Trujillo haciendo referencia a la parábola del hijo pródigo (Lc 15). Allí se destaca la “ternura del Padre” celestial que se convierte en modelo de toda paternidad en la tierra y, por supuesto, de quienes la ejercen dentro de la iglesia doméstica, la familia (2000j. p. 569).

También comenta el prelado López el capítulo III de la obra “De oratione”. En ella se propone la “invocación a Dios con un nombre nuevo”, enseñado por Jesucristo, para que se produzca el reconocimiento del Padre como fuente de vida natural y sobrenatural capaz de regenerar por el perdón y la misericordia (2000j, p. 548).

San Cipriano de Cartago, en el siglo III d.C., redacta el texto “De dominica oratione”, del cual destaca el Cardenal López Trujillo el capítulo IX. Afirma el renacimiento espiritual del hombre por la gracia que es debida al amor incondicional de Dios. “La experiencia de ser amado como creatura es la base de una “nueva calidad y concepción de vida” (2000j, p. 543, 572).

López Trujillo referencia a San Agustín en diversas circunstancias; es el autor patrístico que cita con mayor frecuencia. A lo largo de sus obras se hallan extractos de este autor de finales del siglo IV y comienzos del siglo V. Así, por ejemplo, del “Comentario al Evangelio de San Juan” destaca el Cardenal “la permanencia del remordimiento” ante la realidad del pecado que se procura para alcanzar placer corporal. Indica también el camino hacia la “libertad perfecta” cuando se lucha contra el pecado mortal (2006a, p. 92). En este mismo texto se alude al pasaje evangélico de la mujer adúltera. Al respecto comenta el Cardenal López que Dios posee el deseo vivo de la conversión del pecador. Este es “el ambiente primordial del sacramento de la penitencia”, en el cual se hace patente el triunfo de la misericordia (2006c, p. 173-174-178).

En el siglo V se ubica la obra de San Pedro Crisólogo de quien toma el prelado López Trujillo el “Sermón 71”. Se afirma en el texto que “la conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos” tiende a eliminarnos pero que interviene la Trinidad santa que nos hace clamar “Abbá”, Padre. Ocurre, por tanto, “una transformación profunda que ha de llenarnos de gozo, en el paso del temor a la libertad” (2000j, p. 551).

También en el siglo V se desempeña como teólogo San León Magno. Su “Sermón I en la Navidad del Señor” es tomado en cuenta por López Trujillo al final de una intervención en la Universidad Católica de Argentina en 1998. El santo pontífice recomienda “no volver a la antigua vileza”, reconociendo la

dignidad que confiere la participación en la naturaleza divina. Al respecto indica el Cardenal López que es necesario asumir un “nuevo estilo de vida y de humanidad” que se conoce como “cultura de la vida” (2000f, p. 446).

Los aportes de los padres latinos considerados anteriormente en la obra del prelado López en lo concerniente a la transmisión de la fe en familia permiten sondear la grandeza del misterio del ser humano como imagen de Dios, llamado a la conversión continua, gracias al misterio de la redención de Cristo Jesús. Una comunidad de personas, como es la institución familiar cristiana, está llamada a reconocer su gran dignidad a la luz del plan de salvación de Dios en la persona de su Hijo y a la superación de las realidades de pecado que enturbian su condición filial.

2.3.3. Los padres orientales

De la lista de los padres de Oriente pueden destacarse San Juan Crisóstomo y San Gregorio de Nisa como los más comentados por el Cardenal López Trujillo sobre la transmisión de la fe en la familia.

La “Homilía sobre la carta a los Efesios” (20,8) del siglo IV d.C. y escrita por Juan Crisóstomo es tomada en cuenta por el prelado López Trujillo al expresar la naturaleza de la donación conyugal que supone la convivencia definitiva e indisoluble del hombre y la mujer. Este tipo de unión es un prelude de la comunión eterna que exige anteponer el amor conyugal a otro tipo de amor humano, “delante y bajo la mirada del Señor” en el matrimonio cristiano (1997b, p. 22-23).

Con base en otro texto, “Homilía sobre el Evangelio de San Mateo” (7,14), indica el Cardenal López que los padres deben “llevar la marca del Padre celestial” que es la “ternura del amor” y se contrapone a un corazón

“cruel e inhumano”. Por tal motivo, “la autoridad ha de estar en armonía con el sello del amor” (2000j, p. 578).

San Gregorio de Nisa, en el siglo IV d.C., con su obra “Vida de Moisés II” ofrece a López Trujillo un campo de reflexión al afirmar que los seres humanos somos “padres de nosotros mismos” en tanto que cada cual “genera su futuro”. Destaca el Cardenal López que tal dinamismo del ser no implica la “autonomía absoluta” sino que reclama la configuración con el bien propuesto por Dios (2000i, p. 142).

2.4. Los escritos de los doctores de la iglesia

Dentro del grupo de doctores de la orden franciscana, el Cardenal López cita a San Buenaventura. Al indicar el modo del acto creativo de Dios toma en cuenta al teólogo del siglo XIII; afirma el prelado colombiano que la creación divina es fruto de la libertad y aparece como un don efusivo del amor del Señor. Por tanto, ninguna creatura procede de una acción impositiva de Dios porque Él no busca aumentar su gloria por medio del orden de lo creado, únicamente desea manifestarla y transmitirla, compartiéndola con el ser humano (2004f, p. 173). Según lo anterior, un hijo que es ante todo creatura sagrada debe ser el fruto de la cooperación entre el amor de Dios y el amor humano (2004d, p. 309).

Santo Tomás de Aquino es el doctor de la Iglesia del cual más referencias extrae el Cardenal López Trujillo en sus obras relativas a la transmisión de la fe en la familia. La antropología tomista aparece como fuente de inspiración para el prelado López a la hora de determinar el carácter sagrado de la persona humana. Al comentar la “Summa Theologiae”, I q. 29 a .3 y el tratado “De Potentia”, 9.4 indica que el ser humano no es manipulable ni puede considerarse como medio o cosa porque su dignidad humana es

inviolable. Realmente la persona es un fin en sí misma pues reúne todas las bondades naturales que en otros seres se hallan separadas; es una auténtica totalidad espiritual y corporal. Aparece, entonces, la persona como lo que es más perfecto en toda la naturaleza (2007b, p. 76).

Existe un texto tomista de importancia en lo concerniente a la transmisión de la fe en la familia por cuanto señala tanto el derecho y el deber de la obediencia a las autoridades civiles y a la legislación pero que también consigna el derecho de oposición cuando se impone un comportamiento inmoral o que se halla en contravía de los principios de la fe (*Summa Theologiae*, I-II q.90-95.96.97). Indica al respecto el Cardenal López que es necesario, en tales casos, el “ejercicio de fidelidad a la verdad” y la búsqueda del “bien mismo de la comunidad” (2000ñ, p. 77).

Santa Teresa de Ávila, en el siglo XVI, se destaca como la autora de la orden carmelita que en mayor número de veces es tomada en cuenta por el Cardenal López en sus escritos relativos a la transmisión de la fe en la familia. De la autobiografía de la santa del siglo XVI destaca López Trujillo la “virtud doméstica de su familia”. En esta obra se describe a los padres de Santa Teresa como virtuosos y temerosos de Dios; fueron quienes le infundieron la devoción a la Virgen, la caridad con los pobres y la honestidad (2004b, p. 245).

Finalmente, San Juan de la Cruz escribe en “La noche oscura”, III, 21,6 acerca de la virtud de la esperanza a la que representa como un “revestimiento de color verde”. Comenta el Cardenal López que se trata de la confianza que “reposa en las promesas divinas”, la cual “da vigor y orientación al caminar como comportamiento moral”. Esta esperanza no es “una construcción hecha por mano humana” sino que se fundamenta en el “triumfo de Cristo salvador de los hombres” (1997a, p. 55).

En síntesis, el alto valor del humanismo cristiano, enseñado por los doctores de la tradición eclesial, es conservado y aprovechado por el Cardenal López a la hora de manifestar la dignidad y sacralidad de la institución familiar, en la que se conocen los principios básicos de la fe católica.

2.5. Los escritos magisteriales de la iglesia

La obra del Cardenal López sobre la transmisión de la fe en la familia se halla fundada principalmente en los escritos del Magisterio de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX. Los textos que cita con mayor frecuencia son las Constituciones del Concilio Vaticano II; la encíclica *Humanae Vitae* y la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI; la exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, la carta a las familias *Gratissimam Sane*, la encíclica *Redemptoris Missio* y la encíclica *Evangelium Vitae* de Juan Pablo II; también se destaca el discurso pronunciado en Haití por el Papa en 1983. Finalmente, se resalta la presencia de extractos del Catecismo de la Iglesia Católica, actualizado en 1992, a lo largo de la labor académica del prelado López Trujillo.

La Constitución *Lumen Gentium* n. 11 indica que “los padres han de ser para los hijos los primeros anunciadores de la fe”. Este texto es tomado por el Cardenal López para indicar que “la familia es el lugar privilegiado de transmisión de la fe donde el Evangelio resuena por primera vez (2000I, p. 215).

La idea se presenta también en la Constitución *Gaudium et Spes* n. 52: “El hogar es la primera escuela de la vida cristiana y la escuela del más rico humanismo”.

Acerca del contenido de la encíclica *Humanae Vitae* indica el Cardenal López que “representa una llamada a la educación para un amor en el matrimonio digno de ese nombre” (2000b, p. 504). Además, señala los alcances del documento pontificio:

Ha abierto con seguridad los caminos a una comprensión genuina de la paternidad y la maternidad responsables, a una fecunda educación del amor, a la formación de la conciencia, y en los casos en los que medien justos motivos para espaciar los hijos o para buscar un tamaño de la familia de acuerdo con las posibilidades de asegurar una educación integral, ha mostrado el valor de una pedagogía del amor con los métodos naturales de la regulación de la fertilidad (López, 2000b, p. 505).

La exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI es el documento que traza las bases postconciliares del proceso de transmisión de la fe. Influyó decisivamente en la acción apostólica de Juan Pablo II, el rumbo de la Iglesia y la reflexión teológica pastoral del Cardenal López. Es la causa más próxima de las líneas misioneras señaladas en el discurso de Haití, pronunciado por el Papa Wojtyła, que repercutieron hondamente en el pensamiento del Cardenal López. Presenta en el n. 78 el triple contenido de la acción evangelizadora: “la verdad sobre Dios, la verdad sobre el hombre y sobre su destino misterioso” (López, 2004a, p. 614).

El autor que ejerce mayor influencia en los escritos de López Trujillo en cuanto a la transmisión de la fe en la familia es Juan Pablo II. Acerca del Papa polaco escribe el prelado colombiano:

Estaba convencido de que el caudal de la fe emana de la familia, como su tarea más noble e impostergable; llega de la conducta y de los labios de los padres, primeros evangelizadores, de las primeras oraciones que enseñan a sus hijos (López, 2007a, p. 28).

Como producto del Sínodo de los obispos en 1981 se presenta la Exhortación apostólica Familiaris Consortio que recalca en el n. 53 el compromiso de la comunidad “evangelizada y evangelizadora” en el “servicio eclesial” de la transmisión de la fe en armonía con las demás actividades humanas (López, 2000I, p. 213). En el n. 57 señala la importancia de la “Eucaristía como fuente del matrimonio cristiano”, capaz de “vivificar desde dentro la alianza conyugal” (López, 2000I, p. 225). Insiste, también, el n. 61 en la “necesidad de la progresiva participación de todos los miembros de la familia cristiana en la Eucaristía, sobre todo los domingos y días festivos” (López, 2000I, p. 226). Estas referencias sinodales fueron tomadas en cuenta por el Cardenal López en la relación presentada al Consejo Pontificio para la Familia en septiembre de 1995.

El Papa Juan Pablo II convocó en 1983, en Haití, a la Iglesia Latinoamericana a un proceso nuevo de evangelización con motivo de la Asamblea General del CELAM, en la cual intervino el Cardenal López. La actividad misionera propuesta presenta tres características: “nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión” (2000o, p. 3). Al respecto comenta Monseñor López: “Y se requiere de verdad un nuevo ardor, un nuevo fuego, cuando la fe, por el impacto del secularismo, se debilita y apaga, cuando se deja la existencia a un lado, aparte, lejos de Dios...” (2000o, p. 4).

En la clausura del Año de la Familia en 1994, actuando como delegado pontificio en Nazaret, toma el prelado colombiano el texto de la Gratissimam Sane n. 8 que presenta a la familia como “el corazón de la nueva evangelización” (López, 1995, p. 235). Al respecto comenta el Cardenal que la familia, “según el modelo del hogar de Nazaret, preserva y dignifica el amor”, posibilitando el “desarrollo personal y la felicidad” con “una educación entendida como genuino crecimiento en el ser” (López, 1995, p. 236).

Para comunicar la verdad del evangelio en la sociedad contemporánea y dentro de la familia es necesaria una actitud decidida. El Papa Wojtyla, en la encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 37 y 44, destaca el vigor evangélico necesario para adelantar la evangelización. Resalta la importancia de vincular dos elementos: el empleo de los medios de comunicación para la transmisión del mensaje cristiano y la “parresía” o coraje para anunciar a Cristo por parte de los primeros creyentes. Insiste, a propósito, el Cardenal López que urge “la actitud del testigo que no se deja dominar por el temor ante las dificultades, que no se avergüenza del Evangelio, que da la cara por el Señor...” (2000o, p. 6).

La encíclica *Evangelium Vitae* nn. 58-64 defiende el valor sagrado de la vida humana. Lo gestado en el vientre de la mujer, comenta el Cardenal López, “constituye un individuo humano, personal, que entrando en la vida y en la historia en el momento de la concepción, actúa con su ciclo vital predeterminado...” (2004e, p. 24). Se trata del fruto de la familia cristiana, del encuentro íntimo del hombre y la mujer, que implica la “prohibición de cualquier intervención encaminada a la supresión del embrión humano” (López, 2004e, p. 25). Es decir, la transmisión de la fe en la familia presenta como condición de posibilidad el respeto absoluto a la vida humana desde la “fusión de los gametos femenino y masculino” puesto que se da origen a “una nueva entidad” (López, 2004e, p. 24).

2.6. Los teólogos contemporáneos

Varios son los teólogos del siglo XX que han incidido en la obra de López Trujillo en lo relacionado con la transmisión de la fe en la familia. Dietrich Bonhoeffer, Romano Guardini, Hans Urs von Balthasar y Joseph Ratzinger son algunos de los pensadores que cita con mayor frecuencia el Cardenal colombiano en el aspecto antes señalado.

Dietrich Bonhoeffer en su libro “Ética”, indica el prelado López, previene acerca de un relativismo devastador que origina una verdadera decadencia porque la verdad se sustituye por una simple apariencia. Dice al respecto el Cardenal López (2004c, p. 276) que la maternidad y la feminidad aparecen ahora contradictorias y, al mismo tiempo, la paternidad y la virilidad son concebidas independientes una de la otra. Se alteran, de esta forma, los modos de existencia naturales tanto del hombre como de la mujer en el ámbito de la sociedad relativista con consecuencias negativas en el proceso de transmisión de la fe al interior de la familia.

Acerca de Romano Guardini expresa López Trujillo (2006b, p. 230) que “se oponía a que el hombre por la invasión de la ciencia fuera reducido a cosa”. El pensador italiano alerta con “no volver un agregado informe celular el embrión” (López, 2006b, p. 232). Con criterio de sola “utilidad” se considera en ocasiones al ser humano; ello implica un olvido radical de su dignidad. Fácilmente, entonces, se desemboca en la realidad del aborto procurado.

Otro pensador capaz de la defensa de la vida humana es Hans Urs von Balthasar, de quien resalta el Cardenal López su actitud contemplativa y profética: “En este teólogo experimenta uno lo que significa hacer teología ‘de rodillas’, es decir, desde una fe orante, para poder hacer teología ‘de pie’, es decir, con la fuerza de un testimonio que da la cara” (Gutiérrez, 1997, p. 164).

En la obra “Homo creatus est” el autor suizo indica que en “todas las culturas no cristianas el niño tiene una importancia tan sólo marginal porque es simplemente un estadio que precede al hombre adulto” Es decir, no se le valora en toda su integridad; se relativiza su importancia. Comenta al respecto el Cardenal López que el Evangelio logra suscitar “la capacidad de maravillarse”, conduciendo a la valoración de las creaturas más pequeñas, dentro de las que se destaca el niño. Para el prelado colombiano el misterio de

Belén y Nazaret es iluminador de la realidad de la infancia porque “es portador de una verdad antropológica, de la vida como un don, en la dignidad que el amor de Dios sostiene y alimenta” (López, 1997b, p. 38).

Uno de los teólogos más destacados del siglo pasado fue Joseph Ratzinger, autor de numerosos textos en los que se resaltan los valores de la fe cristiana en el marco de la sociedad actual. De la importancia de su producción teológica da cuenta el Cardenal colombiano en la entrevista realizada por el exdirector de la BAC: “... sus libros fueron difundiendo su pensamiento y conquistando muchos espíritus con la luz de la verdad, que persuade por el rigor de una argumentación, cuya fuente y marco insustituible es la fe” (Gutiérrez, 1997, p. 163).

A partir de la elección de Ratzinger como Papa de la Iglesia, con el nombre de Benedicto XVI, se aprecia en sus escritos el énfasis teológico y pastoral en el valor de la familia cristiana, fundada a partir de la unidad del hombre y la mujer, bajo la acción de la gracia divina. Acerca de los dos primeros documentos pontificios del Papa alemán escribe López Trujillo:

Dans *Sacramentum caritatis*, le Saint-Père parle de la famille et de l’Eucharistie en divers moments, en partant de prémisses fondamentales pour une compréhension plus profonde de l’amour entre l’homme et la femme... Et c’est aussi une partie importante de sa première Encyclique *Deus caritas est* (López, 2007c, p. 541)³.

La tarea teológica primordial de Ratzinger consiste, como Sucesor de Pedro, en determinar el carácter del relativismo que socaba los principios básicos de la institución familiar y rompe con el hilo continuo de la transmisión

³ El texto traduce en castellano: “En *Sacramentum caritatis*, el Santo Padre habla de la familia y de la Eucaristía en diversos momentos, en particular de las premisas fundamentales para una comprensión más profunda del amor entre el hombre y la mujer... Y es también una parte importante de su primera Encíclica *Deus caritas est*”.

de la fe. López Trujillo destaca el carácter profético del Magisterio de Benedicto XVI puesto que denuncia “el ‘relativismo ético reinante’ que pone en peligro el tejido social, con la primacía de la persona y con la necesidad fundamental de la religión que se califica de innecesaria y pretenciosa, atentatoria contra la dignidad humana” (2007a, p. 25).

2.7. Los filósofos y literatos contemporáneos

No sólo la Sagrada Escritura, la Tradición eclesial, el Magisterio de la Iglesia y la reflexión teológica reciente sirven de fuente documental a López Trujillo para abordar la realidad de la transmisión de la fe en la familia. También se encuentran dentro de las bases de su pensamiento, en el campo antes señalado, las obras de varios filósofos y literatos contemporáneos como Gabriel Marcel, Xavier Zubiri y Emmanuel Lévinas. Entre los literatos del siglo anterior resaltan Octavio Paz y Ernesto Sábato.

El Cardenal colombiano toma en cuenta la definición que Gabriel Marcel realiza, en la obra “Homo viator”, de la naturaleza de la familia: El pensador francés la destaca como “misterio” y “presencia” que “compromete” en tanto que es “comunidad de personas” que poseen “valor” (López, 2000k, p. 187).

Siendo, entonces, la familia una auténtica escuela de comunión, indica el Cardenal López que si se pierde el vínculo familiar “se empobrece el hombre”. Por tanto, se requiere de continua “voluntad de donación” que se concreta en los hijos. En palabras de Marcel: La “generosidad procreativa” es uno de los valores familiares más importantes (López, 2000k, p. 187).

El Cardenal López considera la obra del pensador español Xavier Zubiri, el cual afirma en “El problema teológico del hombre” que la creación se entiende como “el fruto del amor de Dios que se infunde, que se dona”.

Comenta al respecto López Trujillo que existe en Dios una libertad en la creación que es el fundamento del amor que se infunde en la creatura (2004f, p. 172).

Este principio creativo presente en Dios, fundado en la libertad y que tiene como fin el bien, es el referente inmediato del creyente en la construcción de su proyecto de vida familiar que implica necesariamente la existencia de los hijos. Si Dios ha creado con libertad y bondad al género humano debe replicarse este ejemplo en la vida familiar cristiana.

Acerca de la obra “Le temps et l’autre” de Emmanuel Lévinas, en la que se indica la naturaleza del ser humano, escribe el Cardenal López. El filósofo judío defiende el carácter personal e irreductible de la creatura humana; por ese motivo afirma que “el hijo no es un acontecimiento que sucede en mí”. Se trata de un “yo” personal que supone la alteridad absoluta del hijo. Complementa López Trujillo la afirmación de Lévinas al expresar que un hijo no es únicamente generación física, sino moral y espiritual, que supone la “transmisión de valores humanos y sobrenaturales”. Debe ser el hijo una realidad surgida en “contexto de amor” que exige la acogida de “un don de Dios, la acogida de una nueva persona” (López, 2000m, p. 37).

Dentro del grupo de literatos que el Cardenal López tiene en cuenta en sus escritos sobre la transmisión de la fe en la familia se destacan varios personajes latinoamericanos. Así, por ejemplo, se hallan comentarios del prelado colombiano a la obra “Itinerario” del mexicano Octavio Paz en lo concerniente a la crítica al relativismo característico de la sociedad contemporánea, fenómeno que incide directamente en la realidad familiar. El escritor mexicano señala que “hoy triunfa un relativismo universal... una forma atenuada y en cierto modo hipócrita de nihilismo...”. Dice al respecto el Cardenal López que las familias “se ven obstaculizadas en la educación de

sus hijos... cuando se impone un estilo de vida” que reviste la forma de “permisividad” pregonada por el relativismo. Tal permisividad se refleja en “ciertas formas de educación sexual” (2000e, p. 294). Se niega, por vía relativista, la verdad revelada sobre el matrimonio, la familia y las virtudes de la moral cristiana.

De los escritos de Ernesto Sábato, en su edad madura, toma el Cardenal López Trujillo la obra “Resistencia” en la cual expresa el pensador argentino la necesidad de tornar a los auténticos valores, sin los cuales no es posible vivir humanamente, en una dimensión de humana dignidad (López, 2004c, p. 285).

Dice Sábato, a propósito de la educación de los infantes, que se ha causado daño al proponerse el individualismo y la competición como fundamentos que riñen con el principio universal del bien común. Propone, entonces, López Trujillo que se afronte en la educación de los niños, de manera realista, la verdad sobre el hombre, la familia y la sociedad (2004c, p. 286).

2.8. Los hombres de ciencia contemporáneos

Varias son las obras de investigadores contemporáneos de las ciencias sociales que Monseñor López cita como fuente documental en las obras relacionadas con la transmisión de la fe en la familia. Se destacan los textos de Gary Stanley Becker, Giorgio Campanini, Pierpaolo Donati y Tony Anatrella.

El concepto de “capital humano” desarrollado por Gary Stanley Becker en la obra “L’importancia del capitale umano” es comprendido por el Cardenal López como inspirador de un modelo de “economía de rostro humano, justa, solidaria que es el corazón de la Doctrina Social de la Iglesia”. El principio de

“capital humano” está vinculado al “desarrollo integral” que supone como prioridad a la persona humana dentro de las comunidades de trabajo y las tareas de administración de bienes (López, 2000c, p. 248). Estos postulados son esenciales dentro del campo de la transmisión de la fe cristiana al interior de los hogares con sentido integral pues la evangelización supone el establecimiento de comunidades familiares en las que prima la solidaridad y la comunión de bienes para garantizar la dignidad de cada uno de sus miembros.

Destaca el Cardenal López, en la entrevista que realiza Gutiérrez (1997, p. 272), el valor insustituible de la mujer dentro del hogar en su ejercicio de esposa y madre. Este es un ejemplo de “capital humano” del cual se beneficia toda la sociedad. Aún no se alcanza a ponderar el aporte realizado por las familias al colectivo social al cuidar y educar desde el inicio de la vida a los hijos que son los futuros trabajadores.

Giorgio Campanini ofrece, en la obra “Realidad y problema de la familia contemporánea”, algunas características sociológicas del matrimonio que son tenidas en cuenta por el Cardenal colombiano para resaltar el carácter duradero del vínculo conyugal, distinto al “carácter ocasional” de las relaciones previas. Por tanto, la relación matrimonial está marcada por un vínculo que se proyecta en el tiempo y que supone el señalamiento de ciertas “formas de convivencia prohibidas” (López, 2000e, p. 295). En síntesis, se presentan en todas las culturas dos formas de relación sexual de carácter ocasional que son pre y extramatrimoniales; el matrimonio, en cambio, es un “paso institucional” a un modo de relación estable (López, 2000k, p. 182).

Por otra parte, destaca Campanini el riesgo de la “sociedad digital” en la cual se desplaza la atención debida a la persona hacia la técnica. El desarrollo tecnológico amenaza con convertirse en el centro de interés social mientras que se evidencia la “pérdida de referencia” respecto de los valores

fundamentales éticos y religiosos. Entonces, surge una nueva escala valórica en la que prima la codificación artificial y se reduce el ambiente vital humano. Comenta al respecto el Cardenal López que la familia, en el escenario descrito, pierde su protagonismo en el proceso de transmisión de saberes al ubicarse la información digital como fundamento del conocimiento (López, 1997b, p. 40).

En cuanto a las relaciones entre padres e hijos subraya Campanini, en el “Nuevo diccionario de Teología Moral”, en vez de los criterios de autoridad y sumisión el de servicio recíproco. Indica, a propósito, López Trujillo que “el amor busca siempre el bien del otro, no su dominio”. Para que este ideal sea alcanzado es preciso hacer del otro el centro de las preocupaciones con “profunda urgencia vital”. Este proyecto ha de extenderse desde la concepción hasta la educación formalizada (López, 1997b, p. 45).

El sociólogo Pierpaolo Donati ofrece al Cardenal López un amplio margen de reflexión en lo concerniente a la mediación social de la familia. En el artículo “La nuova cittadinanza di famiglia” expresa el pensador italiano la importancia de la institución familiar en la transmisión de valores básicos para la constitución de la identidad personal. Cuando una sociedad desconoce o atenúa esta mediación familiar se producen grandes problemas que degradan a la comunidad; surgen altos índices de malestar, enfermedades mentales, drogadicción, suicidio y dispersión escolar. La familia, en cambio, cumple un importante papel en el ámbito social pues posibilita la “solidaridad cotidiana”. Señala, en este sentido, el Cardenal López que la familia comunica como centro de mediación los valores que son más “decisivos para la vida social y para la ética pública” (1997b, p. 54).

El experto en psiquiatría social Tony Anatrella ha contribuido con su obra “La différence interdite” al análisis que realiza el Cardenal López de la

realidad familiar y su relación con la transmisión de la fe. El científico francés insiste en que la “información sexual” que se proporciona a los jóvenes desde centros escolares y medios de comunicación social provoca la confusión entre atracción sexual de naturaleza egoísta y el amor verdadero. De ahí, entonces, que surja el sexo no maduro desligado de la tarea formativa. Indica, al respecto, el prelado López Trujillo que se produce “la banalización del sexo asumido como instrumento de placer sin responsabilidad” (2000b, p. 504). Este hecho se convierte en un reto en el proceso de transmisión de la fe en la familia pues se debe reintegrar el sexo en el amor auténtico que halla su realización en el matrimonio, con la consecuente apertura a la vida.

El Cardenal López llama “idolatría sexual” al proyecto de ubicar el sexo “lejos de la verdad” convirtiéndose en una realidad tiránica pues engendra la búsqueda exclusiva de sí mismo. “Sexualidad infantil o inmadura” denomina Anatrella a esta “búsqueda frenética del placer” que cosifica al ser humano, reduciéndole en su riqueza y potencialidades (2006a, p. 89).

3. CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO EN LO CONCERNIENTE A LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN FAMILIA

3.1. Designio de dios sobre la familia

El Cardenal López Trujillo parte del misterio revelado por Dios para definir y caracterizar la familia cristiana. Destaca, en primer lugar, la condición creatural del ser humano que se integra en la comunidad familiar. Apelando al lenguaje simbólico del relato del Génesis, indica el prelado colombiano: “el hombre es imagen de Dios, ha sido plasmado por sus manos y existe gracias a su soplo vital” (López, 2000i, p. 141). Dentro del designio divino se halla la concesión de la vida al hombre y a la mujer.

A partir de la antropología teológica el Cardenal López explica el nexo entre creaturalidad personal y familia. Destaca que el ser humano se encuentra llamado al proyecto de crecimiento en el bien como respuesta generosa al amor dispensado por Dios Padre creador; su libertad le permite el desenvolvimiento del ser a partir de la vida dada. Tiene como fin el hombre reproducir los rasgos comportamentales del Hijo único de Dios, Jesucristo. Sólo Él posee la imagen plena del Padre que lo ha engendrado desde la eternidad.

El ser humano se halla en relación continua, en capacidad de diálogo con sus hermanos y con su Padre. Está facultado para vivir en medio de una comunidad de personas (*communio personarum*): La familia. Esta comunión interpersonal llega a ser estrecha e íntima, tanto que el hombre y la mujer

logran la unidad matrimonial con apertura al don de los hijos (López, 2000i, p. 141-143).

El proyecto de Dios sobre la familia se presenta, en términos de López Trujillo, “ab initio” (desde el principio de la creación) pues atendiendo a Gn 2, 24 fueron creados “hombre y mujer” para convertirse en una “sola carne”. Considera también el prelado colombiano el texto de Mt 19, 4 como clave de la indisolubilidad matrimonial: “lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”. De este dato revelado se desprende la condición de estabilidad del matrimonio (López, 1997b, p. 8).

Encuentra López Trujillo en la Sagrada Familia de Nazaret, conformada por San José, la Virgen María y el niño Jesús, el modelo de vida ideal para los demás hogares. Allí se acoge la vida concedida por Dios Padre en clima de amor y respeto. Es el espacio en el que se experimenta la formación de la personalidad del hijo en la verdad revelada y se vive cotidianamente la entrega generosa de los padres por la fe (López, 1995, p. 237).

Indica también el prelado colombiano que Jesús de Nazaret enseña una forma de pertenencia al pueblo santo al llamar a Dios con el título de “Padre nuestro”. Se evidencia la dimensión familiar que adquiere la Iglesia. En ella todos somos “hijos” pues hemos alcanzado la “filiación adoptiva” por gracia del Bautismo. Esta condición nos permite orar con confianza a nuestro Padre celestial y nos dota de singular dignidad (López, 2000j, p. 546-548).

El Padre Dios es, entonces, causa de felicidad y de bien para sus hijos; es dador de perdón; goza de ternura por sus creaturas. Estos rasgos, indica López, deben ser reproducidos en el entorno familiar si se pretende vivir de acuerdo con la voluntad divina (López, 2000j, p. 559-561).

Por tanto, “la paternidad y maternidad humanas no pueden restringirse a la sola generación física. Se trata de una generación también, y sobre todo, moral y espiritual” (López, 2000m, p. 37).

3.2. Naturaleza de la familia

Frente a las propuestas nacidas del voluntarismo humano y de los consensos establecidos por regímenes políticos o jurídicos acerca de la existencia de “familias en plural”, señala el Cardenal López la realidad de un solo tipo de “familia en singular” que es producto del designio de Dios y es identificada a partir de los datos de la sagrada revelación. El relativismo conceptual y moral de la época postmoderna ha conducido a la confusión de la naturaleza cierta y específica de la familia. Sin embargo, en el plano de diversidad ideológica en que se sitúa el ser humano, la llamada “modernidad líquida” (Bauman, 2004, p. 177), es necesario enfatizar en un modelo “sólido” y estable de comunidad familiar que no fluctúe según las conveniencias de las coyunturas históricas porque está en juego la vida, dignidad y sano desarrollo de la persona humana. Es necesario tomar un patrón objetivo que determine la institución familiar y esto es precisamente lo que el cristianismo brinda y de lo cual se hace intérprete el Cardenal López.

Indica, a propósito, el prelado colombiano el carácter natural de la institución familiar fundada en el matrimonio. Por tanto, no es una “invención de la Iglesia ni una imposición”. Es la forma natural en la que el hombre y la mujer se relacionan con miras a la generación de descendencia. De ahí, entonces, que no se deba interferir artificialmente esta comunidad de vida conyugal, con el propósito de alterarla sustancialmente, bien sea por medio de intereses del ámbito político o jurídico porque se atenta contra el orden natural básico (López, 2000k, p. 178-179).

Atendiendo a la definición que ofrece la Apostolicam Actuositatem N° 11 acerca de la familia como “célula primera y vital de la sociedad”, comenta López Trujillo que se trata no sólo de una analogía con el ser biológico en sentido físico y orgánico; no es sólo un “locus social” o una parte de la sociedad; no es sólo una porción del tejido social. Es una realidad más compleja en sí misma como germen de la vida; como causa primaria de la existencia humana. Desde esta concepción la familia recupera dentro de la sociedad toda su capacidad dinámica y constructiva. Es, en otros términos, el espacio en el que se desarrolla el misterio vital humano (López, 2000k, p. 185).

En la obra “La familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad” (1997b, p. 7) indica el prelado colombiano la fundamentación antropológica de la comunidad familiar, respaldado por la reflexión que al respecto había realizado Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica “Familiaris Consortio” (11-16) y en la Carta a las familias “Gratissimam sane” (6-12).

La base fundamental de la familia, en la perspectiva cristiana, resalta López Trujillo, es el matrimonio fundado en el mutuo consentimiento o aceptación no coaccionada de los cónyuges (hombre y mujer) que constituye el don por el cual “los futuros esposos se ofrecen recíprocamente, con la correspondiente acogida libre y explícita” (1997b, p. 9).

En esta entrega y recepción expresada por ambos contrayentes del matrimonio cristiano se representa la donación total del ser (corporeidad, sentimentalidad, historia pasada y proyección futura) que origina una nueva realidad familiar en la que los hijos o prole presentan importancia singular.

La familia cristiana, además, configura un estilo particular de vida en la que “la persona humana despierta a su propia realidad, como sujeto personal”

(López, 1998, p. 9). Es decir, el hijo alcanza dentro de la comunidad familiar la expansión de su propia personalidad al experimentar su propio valor y al comprender que es centro de la vida de los padres. Allí, en el entorno familiar, reconoce que no es tratado como instrumento o 'cosa' sino como ser digno de aprecio y cuidado. Este es el valor de la familia como escuela de auténtico humanismo. Pero no se trata de una concepción altruista o filantrópica; al interior de la comunidad familiar el hijo reconoce que es amado por Dios mismo y que tal afecto se refleja en la bondad de los padres.

La familia, fundada en el matrimonio, no sólo acoge la vida humana sino que la preserva en las distintas etapas del desarrollo personal. Por tal motivo es esencial su aporte en el cuidado que se brinda a los ancianos, a aquellos que con su esfuerzo y testimonio hicieron posible la existencia de sus descendientes.

El Cardenal López Trujillo insiste en que los ancianos deben encontrar en la familia el espacio por excelencia en el cual deben vivir; pero no se trata de un "lugar físico" sino "del conjunto de relaciones" que los integra a un grupo bien sea determinado por la consanguinidad o por la proximidad física. En este espacio la importancia del anciano es absoluta porque posee dignidad intrínseca y, por tanto, una serie de derechos que se deben tutelar. Se le debe considerar como un "eslabón necesario en el diálogo intergeneracional" y un auténtico baluarte del conocimiento de la existencia humana (López, 1999, p. 76).

3.3. El valor insustituible del matrimonio

En la comprensión teológica del Cardenal López Trujillo acerca del matrimonio prima el criterio de la creaturalidad. Tanto el hombre como la mujer, ministros de este sacramento, son el resultado del amor de Dios y se

vinculan como pareja para extender en el mundo, bajo el principio de la mutua caridad, el don de la vida humana. Toda la verdad acerca de la institución matrimonial se deriva, en la perspectiva del prelado colombiano, de la Sagrada Revelación que es interpretada por la Tradición de la Iglesia con la guía del Magisterio pontificio. Esta es la caracterización original de su reflexión teológica pastoral.

Un aspecto que resalta López Trujillo acerca del matrimonio es su fundamentación en el compromiso que contrae Dios con su pueblo en su Hijo Jesucristo. Su entrega generosa es el ejemplo que los cónyuges deben reproducir. El amor que hombre y mujer se tributan en la relación esponsal es análogo al que Cristo demostró por el pueblo creyente en la donación total de su vida en la cruz. De esta relación entre experiencia matrimonial y el carácter oblativo del Mesías frente a la comunidad creyente expresa López:

“El matrimonio cristiano tiene una relación directa con la Alianza de Cristo. En tal sentido el consentimiento no es un acto entre dos, sino triangular, como un ‘sí’ dicho dentro del ‘sí’ de Cristo a la Iglesia” (1997b, p. 12).

En el artículo titulado “La verdad de la familia” destaca el Cardenal López la diferencia entre el contrato civil nupcial y el sacramento matrimonial; en el primer género de relación se establece un pacto de fidelidad ante la esfera pública y en el segundo caso se realiza una alianza de amor delante de Dios. Él es el testigo supremo de la nueva sociedad conyugal (López, 2000k, p. 188).

La “procreación integral” es una de las bases firmes del matrimonio en términos del Cardenal colombiano. Este concepto comprende no sólo la generación biológica de la prole sino también la completa educación de los hijos en las distintas etapas de su maduración humana (López, 2000m, p. 30).

En este sentido, el aporte que realiza la familia a la sociedad es invaluable. Es decir, los padres con su ejemplo, transmisión de valores, amor y cuidado ayudan de manera excepcional a la formación de la personalidad de su descendencia, impregnada de principios cristianos, lo cual produce el enriquecimiento moral del tejido social.

Un aspecto básico de la vida matrimonial es la transmisión de la fe a los hijos desde la más temprana edad. La familia cristiana, integrada por los esposos y la prole, es Iglesia doméstica en la que los miembros experimentan el encuentro con Dios, Uno y Trino, en el ejercicio de la lectura de la Palabra, en la práctica de la oración, la caridad y los sacramentos. Así lo expresa López Trujillo:

“Este lugar privilegiado de transmisión de la fe, donde el Evangelio resuena por primera vez, donde se comienza a responder con la vida entera a la llamada de Dios en la pequeña iglesia, en la ‘iglesia doméstica’ es la familia” (2000I, p. 215).

3.4. El amor conyugal

El Cardenal López Trujillo destaca la caridad fontal de Dios como causa primaria del amor que los cónyuges se tributan en la vida matrimonial gracias a la mediación de Cristo, auténtico puente de unidad entre los esposos. Esta presencia del Salvador, causante de la sacramentalidad de la relación entre hombre y mujer, también conlleva a la responsabilidad en el amor. Se desprenden como consecuencia lógica los principios de unidad e indisolubilidad que entrañan el valor de la fidelidad.

En estos términos indica el prelado colombiano la relación unitaria que existe entre Cristo y los contrayentes del matrimonio:

El autor de esa comunidad de vida y de amor es Cristo. No son los esposos; es Cristo el autor; es Cristo el que sale al paso; es Cristo el que los une. Por eso, 'lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre', como reza la enseñanza bien conocida del capítulo 19 del Evangelio de San Mateo (López, 2000d, p. 467).

La unidad e indisolubilidad que se establece en la vida conyugal tiene otro garante: El Espíritu de Dios donado por Cristo resucitado a su Iglesia. Él inspira las formas por las cuales se estrechan los vínculos de relación entre marido y mujer, siempre que ambos permitan el influjo de su acción o aviven su presencia. De esta manera los esposos logran reconocerse en su integral dignidad y valor, suscitándose la estimación, el respeto, la acogida, el servicio y el perdón desde la perspectiva del Evangelio en el seno de la comunidad familiar.

Se comprende, atendiendo a la reflexión de López Trujillo, la necesidad de que los cónyuges cristianos mantengan siempre la apertura a una auténtica espiritualidad que nutra su relación y posibilite la presencia de la caridad en su vida de pareja para sobrepasar los obstáculos y las dificultades que surgen a lo largo del desarrollo del proyecto matrimonial. La relación conyugal cristiana es, pues, "una comunidad de toda la vida, en una totalidad de entrega, que solamente puede darse en virtud de un amor que tiene como raíz el Espíritu. La espiritualidad conyugal no puede estar lejana de esta pista, de este camino" (López, 2000d, p. 468).

El amor conyugal tiene un claro enfoque donativo puesto que llega al punto de "formar una sola carne". Hay, entonces, un carácter de entrega de la totalidad del ser de hombre y mujer que engloba su interioridad y corporeidad correspondiente al misterio profundo de su naturaleza humana. Por tanto, no se "ofrecen cosas" o entes irracionales y no se considera la posibilidad de la

“posesión” o el “dominio” entre los esposos. Son personas, seres creados y amados por Dios, quienes se brindan y acogen en el amor conyugal.

La donación conyugal, expresa el Cardenal colombiano, no es la destrucción de la persona sino la realización de la misma en la dialéctica del amor, que no ve en el otro una sola cosa, un instrumento que se posee, se usa, sino el misterio de la persona en cuyo rostro se delinean los perfiles de la imagen de Dios (López, 1997b, p. 13).

Indica el prelado colombiano (López, 2000e, p. 284), en lo concerniente a la dignidad de los esposos, que cada persona se expresa a través de un cuerpo humano. Es el “vehículo de manifestación de la vida interior del yo”. Por este motivo no puede ser considerada la corporeidad como una “especie de objeto material” ya que se halla unida al espíritu y permite que se “viva la historia en el tiempo y el espacio”. Es, entonces, el ser humano un “espíritu encarnado y cuerpo espiritualizado”. De ahí el respeto y cuidado que suscita en la vida matrimonial la entrega corporal de los cónyuges.

Por tal motivo se hace necesaria la clarificación de la verdad acerca del misterio del ser humano a fin de que sea preservada la dignidad tanto del hombre como de la mujer y no se reduzcan a la condición de instrumentos de seducción cosificados. Indica el prelado colombiano que sólo así se descifra e interpreta esta categoría del don, que libera del egoísmo, de un amor vacío de contenido, que es insuficiente e instrumentalización, y que liga la unión simplemente a un gozo sin responsabilidad, sin continuidad, como ejercicio de una libertad que se degrada lejos de la verdad (López, 1997b, p. 13).

La continuidad en el amor conyugal es propia de la vida matrimonial cristiana porque es indisoluble. No se trata de una relación de pareja, entre hombre y mujer, perecedera en el tiempo sino alimentada por la experiencia

enriquecedora de la fe. El amor de esposos auténticamente cristianos no se desgasta y vence el deterioro del cuerpo porque tiene su fuente en la vida espiritual; no es producto de la “cultura de lo perecedero, en la cual la palabra se vacía y es, por tanto, liviana hasta la irresponsabilidad”. Por tanto, “el tiempo puede ayudar al crecimiento, a madurar delante de Dios, a hacer del amor un compromiso más serio y hondo”. En síntesis, el amor conyugal persiste hasta la ancianidad de los esposos:

“La alegría de la serenidad, de un testimonio que recibe el espesor de los años, se descubre en tantos matrimonios de personas ancianas en las cuales se conservan la frescura y la ternura afianzadas en el tiempo” (López, 1997b, p. 21).

3.5. El amor paternal y maternal

A partir de la consideración del valor de la paternidad divina explica el Cardenal López Trujillo el sentido de la paternidad y maternidad familiar inspiradas en la fe y el amor. Destaca el prelado colombiano que los cristianos gozan de la condición de “hijos adoptivos” de Dios por la gracia del Bautismo, la cual los faculta para llamarlo con el nombre de “Padre”:

“La adopción es un regalo, a cuya noticia tenemos acceso sólo por la Revelación y en virtud de la palabra del Señor que nos convoca, que nos enseña así a invocar a Dios como nuestro Padre movidos por el Espíritu” (López, 2000j, p. 547).

Los atributos que caracterizan al Dios revelado por Jesucristo, al Padre celestial, son principalmente la misericordia y la ternura; por tal motivo es fuente de vida tanto natural como sobrenatural. Es creador de la familia eclesial:

“Invocamos a Dios como Padre bueno, clemente, misericordioso, cuya ternura, cuyas entrañas de misericordia se ponen de manifiesto en el perdón del padre misericordioso, que acoge, cubriéndolo de besos, al hijo pródigo” (López, 2000j, p. 548).

Esta bondad del Padre patentizada en diversas realidades invita al creyente a responder con la actitud de la obediencia filial. Indica al respecto López Trujillo que la voluntad de Dios no tiende al sometimiento de la creatura, ni busca su aniquilación, sino que pide el acatamiento de la obediencia, en un ejercicio fecundo de la libertad que no reduce la persona a cosa, sino que la hace crecer en el universo de la libertad (López, 2000j, p. 557).

Como parte de esta obediencia al llamamiento divino tanto el padre como la madre comunican la vida humana en la alianza matrimonial. Así lo expresa el Cardenal colombiano: “El amor de los esposos los hace crecer en la unidad de una ‘sola carne’ y les convierte, con la transmisión de la vida, en verdaderos colaboradores del Creador para el don maravilloso de la vida de los hijos” (López, 2000m, p. 28).

Por tanto, la paternidad y maternidad humanas comportan una “cierta analogía” o semejanza con la paternidad de Dios en cuanto que ambas realidades generan la vida humana. Pero existe una diferencia radical que López Trujillo (2000m, p. 37) identifica: En el caso del Padre celestial se trata de una paternidad “completamente espiritual en su esencia”; en cambio, en el orden humano, la generación de la vida reclama la unidad de dos cuerpos, el del padre y la madre.

El matrimonio cristiano presenta, en palabras de López Trujillo (2004e, p. 14), el carácter de “santuario” en el que “está presente el Señor de la vida” y se hace necesaria en este contexto la acogida y protección del don de la

existencia humana y de los valores familiares frente a diversas propuestas que atentan contra la dignidad de la persona humana y de sus derechos fundamentales.

La experiencia de la paternidad y de la maternidad humana no se restringe sólo a la generación física sino que entraña también la ayuda en la formación de la dimensión moral y espiritual de los hijos. El prelado colombiano expresa que la verdadera tarea paterna y materna “comporta la transmisión de un mundo de valores humanos y sobrenaturales, para que la transmisión de la vida sea una realidad plenamente humana, sea una realidad surgida en un contexto de amor” (López, 2000m, p. 37).

En el ámbito matrimonial cristiano es necesario hablar, indica López, de la “procreación integral” para determinar el modo de transmisión no sólo de la vida biológica sino también del conjunto de valores culturales y espirituales que los padres realizan en sus hijos: “Se trata de una procreación integral que incluye las diferentes etapas de la formación de la persona, realizada en el corazón de la familia” (2000m, p. 30).

Esta experiencia de la paternidad y la maternidad supone un gran compromiso para los cristianos puesto que ayudar a la formación de la personalidad del hijo que Dios ha encomendado comporta una serie de esfuerzos y cuidados que, a la vez, ayuda a la consolidación del vínculo conyugal:

“La noble misión de la paternidad y la maternidad, que entraña confianza en Dios, sentido de entrega y sacrificio, hace madurar en su progresiva realización el amor responsable de los esposos” (López, 2000m, p. 30).

Es, entonces, el ejercicio de la condición paternal y maternal en el seno del matrimonio cristiano una auténtica obra ministerial que comporta el servicio en favor de la “vida deseada, amada y acogida” (López, 1997b, p. 26).

Atendiendo a los aportes que la psicología contemporánea brinda, el prelado colombiano resalta la importancia del “diálogo amoroso” de los padres con los hijos para que se realice el armónico “desarrollo de la personalidad del niño, especialmente en los primeros años de la existencia”.

Destaca, a propósito, López (2000j, p. 571) la esencial “relación con la madre” que se inicia antes del nacimiento con un “lenguaje no articulado” que expresa el mensaje del amor. Esta experiencia de la ternura maternal y paternal incide directamente en el modo de “crecimiento de la fe” del infante, en el “progresivo descubrimiento de su personalidad y la formación del mundo de su conciencia con los principios fundamentales de carácter moral”.

El hijo tiende a reconocer con más posibilidad su propia dignidad cuando es estimado por sus progenitores, según lo refiere el Cardenal López:

En la misma experiencia de ser amado por los padres, el hijo se da cabal cuenta de su valor como persona. Si está en el centro de las miradas en el hogar y se constituye en el centro de los proyectos familiares, como normalmente debe acontecer, la conciencia de su propia dignidad es también un fruto del reconocimiento que de ella hacen otros (López, 2000j, p. 571).

Es en casa de los padres donde el hijo puede reconocer, en primera instancia, que es amado por Dios de una forma incondicional, aunque exista la realidad del pecado y la falibilidad que se presenta con frecuencia aún en la vida familiar. Este amor divino está presente, sobre todo, en la persona de Cristo redentor:

En cualquier condición, sanos o enfermos, doctos o ignorantes, pobres o ricos, heridos por los dramas de la infidelidad humana, envueltos incluso por la atmósfera del pecado, el Padre nos ama y pone todo lo necesario para nuestro rescate, para que podamos readquirir en todo su esplendor la dignidad de hijos de Dios (López, 2000j, p. 572).

3.6. El amor filial

Los hijos, en condiciones normales de existencia de la familia cristiana, son motivo de gozo para los padres desde el momento de la gestación y el nacimiento. Generan una “fiesta pascual” (López, 1997b, p. 35) que, no obstante, supone la responsabilidad y la entrega de los progenitores⁴.

Desde la perspectiva de la revelación cristiana, la misión de contribuir al origen y desarrollo de un nuevo ser humano convierte al padre y a la madre, en el seno del matrimonio, en signo visible del amor de Dios ya que custodian con esmero el don de la vida. Por tanto, los hijos logran reconocer que son amados, a través de los padres, por el Señor que provee con bondad a lo largo de la historia personal.

El Cardenal López Trujillo expresa la importancia de la bondad paternal y maternal en el cuidado de los hijos:

Cuando en ambientes de cálida acogida los niños experimentan el amor y la ternura, descubren una nueva apreciación de su ser... En la raíz de esta experiencia está el hecho fundamental de que Dios Padre siempre nos ama. El

⁴ Es necesario insistir en el carácter responsable de la paternidad, dentro del matrimonio. Por ejemplo, en un estudio de la U. Manuela Beltrán se determinó que el 30% de la paternidad adolescente (entre los 13 y 19 años) es errada y que el embarazo adolescente se presenta en el 19,5 de la población juvenil de Colombia. Puede ampliarse la información en <http://m.elcolombiano.com/article/82755>

resplandor del amor de Dios, a través de quienes los aman, es el inicio de una nueva calidad y concepción de vida (2000j, p. 572).

Es necesario que frecuentemente los progenitores realicen el examen de su conciencia frente al cometido de amar a las criaturas que Dios les ha concedido. Indica el prelado López (2000j, p. 578) que deben atender al “modo de ejercer su autoridad” y deben revisar si “llevan la marca de la bondad del Padre celestial” en su comportamiento.

En la actualidad es urgente, en contextos familiares en los que ambos padres trabajan durante largas jornadas, mantener un justo equilibrio para “corregir justa y oportunamente”, “con entrañas de misericordia”, expresa López (2000j, p. 579). En muchos hogares se padece de cierta “fragilidad emocional” que, sumada al escaso tiempo de diálogo entre cónyuges e hijos, predispone “para un clima tenso, incluso con ciertas dosis de conflicto en el seno del hogar”.

Es preciso, indica el Cardenal López (2000h, p. 452), dar solución a un drama que afecta la vida intrafamiliar con repercusiones perjudiciales en los hijos. Se trata de la negativa de muchos progenitores a contribuir a la formación de la recta personalidad de su prole: “Muchas veces los adultos han abdicado de lo que deben ser y de la misión de formar a las nuevas generaciones”. Incluso se ha llegado a pensar que no se poseen ejemplos o modelos válidos que sean dignos de imitar por parte de los menores. Esta problemática es definida por el prelado colombiano como “ausencia de una responsabilidad de paternidad”.

Se necesita que los padres ejerzan su función educativa en el seno familiar bajo la guía segura de los principios de la fe. Así lo indica el Cardenal López:

Mirando al Padre e imitándolo se capacitarán para formar de verdad a sus hijos en los valores centrales humanos y cristianos, siguiendo también la pauta de la pedagogía de Dios, de manera que no se evadan las exigencias de una educación que dirige y corrige (2000j, p. 570).

El prelado colombiano insiste en el proceso de educación axiológica al interior de la familia atendiendo a la lectura de un texto de Bernard Bueb, del año 2007: “Elogio della disciplina”. López (2008b) destaca de la obra su propuesta formativa en el amor, basada en la encarnación de los valores:

Precisa que el problema de nuestra época no es la pérdida de los valores, sino la pérdida de las convicciones, y que estos valores puedan practicarse... Así, concibe la educación y la cultura como el fortalecimiento de la personalidad de los jóvenes: sólo la capacidad de reconocer la validez de los valores morales y de saberlos reflejar en el contexto del saber de los antepasados anima a los jóvenes a luchar contra las tentaciones de nuestro tiempo (p. 222).

Es necesaria, por tanto, la actitud amorosa y justa de parte de los progenitores ante el riesgo de que la juventud desarrolle el llamado “síndrome de Peter Pan”. Consiste en el prolongamiento excesivo de una adolescencia casi interminable que genera seres con incapacidad de madurez. El Cardenal López (2000h, p. 453) ha analizado este fenómeno familiar que afecta a los hijos cuando se les “endulzan las cosas de tal manera que queda evacuada de sus vidas la lógica fecunda de la cruz, de la generosidad, de la renuncia, de un empeño cargado de sus consecuencias”. El afectado termina instalado “en un mundo propio, pequeño, caprichoso, en un deleite de la propia libertad, entendida a su manera”.

Por esto el prelado colombiano destaca las virtudes alcanzadas por los jóvenes cuando reciben la conveniente educación, enmarcada en la experiencia cristiana. Son capaces, cuando reciben “valores profundos y

densos”, de “dar sentido a su vida” y “asumir sus responsabilidades” (López, 2000h, p. 453). Ellos pueden empeñarse en el descubrimiento del auténtico sentido del amor cristiano en su vida cotidiana:

Indica el Cardenal colombiano que los “jóvenes están llamados a liberar el amor de todo aquello que es una mera caricatura, a empeñarse en un amor de real entrega, oblativo, respetuoso, que construye o ayuda a construir al otro en esa especial comunión del matrimonio” (López, 2000h, p. 459).

La realidad de ser hijo comporta una serie de responsabilidades que se resumen en la capacidad de diálogo y apertura frente a los padres; en el carácter donativo y en la actitud de la obediencia filial. Destaca López Trujillo la importancia del cuarto mandamiento que impele a “honrar a padre y madre”; también resalta el ejemplo de Jesús en el hogar de Nazaret que “vivía sujeto” a José y María:

Jesús entra en una especial relación, en el marco familiar, con su madre, de cuyo seno proviene... Es una relación que va mucho más allá de los límites biológicos, y que alcanza las dimensiones insospechadas de un diálogo que fructifica en la obediencia pronta, tierna, decidida a cumplir la voluntad de Dios (López, 1997b, p. 43).

Es tan alta la importancia del hijo dentro de la familia que “fortalece notablemente el vínculo matrimonial” y orienta a los padres hacia un “proyecto común que los hace salir de ellos mismos para encontrarse en su futuro”. En este sentido, puede afirmarse que los progenitores son “evangelizados” por su descendencia (López, 1997b, p. 44).

Bien expresa López (1997b, p. 45) que los cónyuges deben orientar a su hijo hacia un tipo de amor no posesivo sino “ex-céntrico” porque se “busca

el bien del otro, no su dominio”. Por tal motivo se busca la realización y maduración de la prole en el seno del hogar, en obediencia a los padres, sin perjuicio de la autonomía responsable que reclama la persona libre y consciente.

Es, entonces, la familia una comunidad de toda la vida y de amor en la cual la educación construye la existencia de los hijos según un modelo, un proyecto, una verdad del hombre; es un ambiente que constituye una atmósfera de protección para el crecimiento de los hijos como personas (López, 1998, p. 9).

3.7. Algunas realidades problemáticas en la familia como eje transmisor de la fe

El Cardenal López Trujillo señala que la transmisión de la fe al interior de la familia no sólo comprende los aspectos doctrinales sino que también implica los aspectos concernientes al seguimiento de Cristo. Supone una serie de actitudes coherentes con los principios evangélicos y una forma específica de ver e interpretar al hombre, el mundo y la historia. Se trata del establecimiento de un nuevo enfoque cultural a partir de la transmisión de valores éticos entre los que se destacan el amor y el respeto a la vida. Se transmite algo que ya existe, respetándose como un tesoro, frente al cual no puede ejercerse una voluntad arbitraria y caprichosa (López, 2000I, p. 212).

Este proceso de formación en la fe involucra a todo el pueblo de Dios, representado por comunidades vivas que se ordenan jerárquicamente. Por tanto, no es admisible el subjetivismo arbitrario en la comunicación de la fe (López, 2000I, p. 213).

Al interior de la familia se transmite una fe viva y dinámica que posee toda la energía vital con permanente actualidad, en tanto que es don del Espíritu. Sin embargo, debe prestarse atención al modo de vida de las comunidades familiares en el contexto del mundo secularizado actual que plantea desafíos e interrogantes a la tarea evangelizadora. En este sentido, deben analizarse los símbolos y las expresiones que se presentan en el hogar porque a través del recurso del lenguaje se vehicula el contenido de la fe (López, 2000l, p. 214).

Se requiere, por tanto, de la pedagogía correcta de los padres de familia en el proceso de transmisión de la fe que incluya la ternura, la admiración y la alegría (López, 1997, p. 37). Son los progenitores quienes actúan como los primeros evangelizadores y catequistas del hogar, conduciendo a los hijos al sacramento del bautismo, enseñando la manera de comunicarse con Dios, haciendo crecer la vocación cristiana. En el diálogo vital de la fe se transmiten los valores cristianos y se contribuye a la formación de la personalidad del menor como miembro vivo y responsable de la comunidad eclesial (López, 2000o, p. 8).

Para que la fe cristiana crezca en el seno de la familia se requiere del testimonio de los esposos que se donan mutuamente con generosidad y por medio de gestos y símbolos expresan la unidad de su vida matrimonial. Ellos sirven con amor fecundo y mantienen el gozo en el cuidado de sus hijos, conservando un clima de encuentro, diálogo y amor. En un hogar de tales características, los hijos reconocen que son amados de forma singular, bajo los criterios de la autoridad comprensiva. Son educados en la libertad sin menoscabo de la dependencia equilibrada frente a los padres y reciben lecciones vitales de parte de otros familiares, entre los que se destacan los abuelos (López, 2000o, p. 11).

Ante el avance del secularismo desde hace décadas se percibe una gran amenaza en el proceso de transmisión de la fe en las familias: la tendencia, en ciertos hogares, a no inculcar valores o verdades generadoras de sentido existencial u orientadoras de la vida en las nuevas generaciones (López, 2000o, p. 10).

La crisis de paternidad y maternidad que viven determinadas familias de la sociedad actual se manifiesta por el temor a comunicar la vida, la ausencia de maternidad por compromisos sociales, la existencia del aborto, la formación de personas inmaduras, el temor a violentar la libertad de los hijos, la ausencia del compromiso y la cruz en la educación familiar que no incluye el planteamiento de interrogantes serios en materia religiosa (López, 2000j, p. 576-577).

En los últimos años se evidencian diferentes amenazas que atentan contra la estabilidad familiar y que debilitan las adecuadas relaciones que se requieren para transmitir la fe al interior del hogar. El Cardenal colombiano las identifica con claridad en el artículo “El obispo y la pastoral de la familia”:

Se va tarde al matrimonio, con frecuencia con una débil preparación, aumentando los fracasos, las separaciones, en algunos países con proporciones alarmantes. No pocos temen contraer matrimonio, y cuando lo contraen, en no pocos casos, experimentan temor por la maternidad y la paternidad, y manifiestan escasa coherencia de una entrega total, abierta a la vida (López, 2002, p. 8).

Otro de los fenómenos que incide desfavorablemente en el proceso de transmisión de la fe en las familias de la actualidad es la drogadicción⁵. Este problema social que afecta principalmente a los jóvenes, e incluso a niños, crea dificultades de relación entre el afectado y sus demás parientes. El aislamiento progresivo en la comunidad familiar hace compleja la transmisión de valores cristianos a este tipo de personas dentro del hogar; por tal motivo urge la atención de centros especializados con inspiración cristiana a los farmacodependientes. Allí el proceso de introspección y socialización, desarrollado en las comunidades terapéuticas, permite el redescubrimiento del amor misericordioso de Dios y la reinserción armónica en el hogar.

Expresa López Trujillo que en muchas ocasiones se recurre a las drogas, por parte de muchos jóvenes, ante la ausencia de valores centrales al interior de la familia con la subsiguiente pérdida del sentido vital. La persona, en este escenario, aparece desarraigada de su identidad más profunda (López, 1998, p. 7).

Comentando el problema de la toxicomanía, el psiquiatra social Tony Anatrella afirma:

El Cardenal sabía que este nuevo flagelo de la humanidad, que golpea a las generaciones jóvenes desde comienzos de los años 1960, afectaba duramente a su destino y a su vida familiar. Por tanto, era necesario hacer un diagnóstico

⁵ Bogotá, Medellín y Pereira aparecen como las ciudades más afectadas por el problema en Colombia. El rango de edad donde más se registra el fenómeno está entre los 18 y 24 años. Pero se produce iniciación en el consumo de drogas lícitas (alcohol y tabaco) desde los 12 años. El comienzo de uso de drogas ilícitas (marihuana, heroína y dick) ocurre hacia los 14 años. Más información se halla en: <http://sociedadennovimiento.com/index.php/component/content/article/83-noticias/sociedad-en-movimiento/221-pereira-tercer-lugar-en-consumo-de-drogas>.

y elaborar perspectivas y proyectos en los que la Iglesia pudiera comprometerse al servicio de la educación. Así el Cardenal manifestaba su interés y su presencia activa con respecto a los grandes problemas de la civilización que afectan íntimamente a la realización de las personas y la armonía familiar (Anatrella, 2008, p. 38).

Diversos desafíos enfrenta hoy la familia en la tarea de la transmisión de la fe, señala el Cardenal López, entre los que se destacan las plurales concepciones acerca de la “verdad del hombre” que son producto del relativismo vigente en la sociedad globalizada (López, 2000k, p. 175).

Se presenta en la actualidad, en la versión del secularismo extremo, al ser humano como un individuo psico-somático y se le resta su condición de imagen de Dios, con lo cual se le suprime todo nexo con lo santo, lo sagrado o lo divino, y el hombre aparece sólo como una especie individual en la sociedad secular, desligada de cualquier sistema moral revelado. Se produce, entonces, un conjunto social que existe a merced de la autonomía conductual absoluta. Basta con señalarse, a propósito, el nuevo modelo de ateísmo y sociedad del siglo XXI propuesto por Richard Dawkins, Christopher Hitchens, Sam Harris y Daniel Dennett⁶

El Cardenal López Trujillo alerta del peligro de olvidar o rechazar la verdad de Dios porque se produce una alteración de la auténtica comprensión antropológica: “Sofocar la verdad y aprisionarla es como eliminar el respeto al hombre mismo; negar la verdad de Dios lleva a negar la verdad del hombre con la consiguiente degradación de su dignidad...” (López, 2000k, p. 175).

⁶ Al respecto puede consultarse el artículo de Francisco Conesa en *Scripta Theologica* (2011, Vol. 43, n. 3).

Por tanto, es necesario proclamar el Evangelio de la vida al interior de las familias con el fin de que se preserve el valor integral del ser humano, entendido como creatura amada y redimida por Dios en Cristo. Una sola verdad debe ser anunciada en tres dimensiones, según lo indica el prelado colombiano: "... se hace tan urgente recuperar un firme pensamiento antropológico sobre la verdad del hombre, arraigado en la verdad de Dios vinculada estrechamente a la verdad sobre la familia" (López, 2000k, p. 175).

El propósito de formar familias evangelizadas supone un gran reto pastoral en el tiempo presente. Esta es la forma segura para que se superen los vacíos que surgen en contextos secularistas y se forme integralmente a la persona con comprensión de toda su grandeza y dignidad desde el seno del hogar, con criterio de apertura, responsabilidad y respeto al otro (López, 1998, p. 11-12).

3.8. La iglesia, asamblea de familias, como transmisora de la fe

Monseñor López Trujillo realizó una reflexión profunda sobre el papel de la Iglesia como transmisora de fe a partir de la lectura de los textos neotestamentarios que evidencia la acción misionera de la comunidad cristiana primitiva, luego de la experiencia pascual de Jesucristo.

Esta verdad se enriqueció con los aportes que obtuvo como asistente a tres sínodos de los obispos que tuvieron como temas: la evangelización (1974), la catequesis (1977) y la familia (1981). Estos encuentros, unidos al magisterio de Juan Pablo II y a la labor como presidente del Consejo Pontificio para la Familia durante 18 años fueron las bases para la elaboración de su pensamiento en el campo de la transmisión de la fe por parte de la comunidad eclesial, partiendo del núcleo del hogar.

El prelado colombiano destaca que a partir de la promulgación de la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi “el tema de la familia ocupa un lugar verdaderamente importante en el enfoque de una nueva evangelización fundante y primaria” (López, 2008c, p. 205).

Basándose en este documento, López Trujillo (2000I, p. 218) enseña que el contenido de la evangelización es Jesucristo por medio del cual el Reino de Dios irrumpe en la historia. Esta verdad se anuncia en la familia para que se introduzcan los padres y los hijos en la vida de Dios.

El hogar comienza a ser evangelizado cuando Cristo “sale al encuentro, llama e invita” (López, 2000I, p. 220); es decir, cuando vive una experiencia similar a la de San Pablo que fue sorprendido por el Resucitado. Como ocurrió al apóstol de los gentiles, la familia debe ser “conquistada” por el Salvador. Indica el cardenal colombiano (López, 2000I, p. 221) que tal conocimiento de Cristo se produce a través de “proclamaciones iniciales” que no corresponden a la primera evangelización porque muchas familias han tenido en el pasado acercamientos a la fe. Luego se ofrece la “catequesis dinámica” que permite el crecimiento cristiano por medio de la consideración de la Palabra de Dios. Se busca que los miembros del hogar crean, profesen, testimonien, oren y celebren.

En el proceso de la evangelización familiar se requiere de varias condiciones en términos de López (2000I, p. 216). En primer lugar, tener presente que en la transmisión de la fe no se comparten “cosas” sino que se “da la vida” a ejemplo de Jesucristo. Además se necesita “apreciar la calidad del don que se entrega”; lo cual equivale a considerar el valor inestimable de la salvación que la Iglesia comunica en obediencia a su Señor; la vida nueva que Él ofrece supera cualquier expectativa humana y sobrepasa en importancia a los demás elementos que componen la existencia.

Otro aspecto importante es “alimentar la capacidad de admiración”. Cada uno de los integrantes de la familia puede despertar la fascinación por la persona de Jesús, su mensaje y obras, realidades que lo han hecho atrayente a multitudes a lo largo de veinte siglos. Es necesario que la persona de Cristo cautive al corazón humano logrando despertar el interés por profundizar en su propuesta salvífica concretada en el proyecto del Reino de Dios.

“Transformar la admiración en contemplación” es otra condición esencial que debe presentarse en el proceso de comunicación de la Buena Nueva en el hogar. El encuentro con Jesucristo conduce a un nuevo modo de percepción de la realidad a partir de la experiencia de la fe. Se trata del “misticismo evangelizador” caracterizado por el ardor misionero que conduce a testimoniar o manifestar públicamente en palabras y obras el gozo de la salvación cristiana. Esta manera novedosa de vida es similar a la de María de Nazaret quien llena de admiración comunica su experiencia de Jesús a las comunidades primitivas porque ha acompañado su crecimiento en el hogar y su vida misionera hasta la cruz.

Atendiendo a las observaciones de la asamblea sinodal del 2005, el Cardenal López Trujillo insiste en la importancia de la Eucaristía en la obra de la evangelización familiar puesto que es el memorial en que se hace presente de manera sustancial la persona de Jesucristo en medio de la comunidad creyente. Este aspecto forma parte insustituible de los contenidos catequéticos que la familia considera en el itinerario de transmisión de la fe. Al respecto indica el prelado colombiano: “el Sínodo nos recordó que la familia debe ser eucarística en su totalidad: padres e hijos, toda la familia, sin separar los distintos miembros que la componen” (López, 2008c, p. 212).

Basándose en el discurso de Juan Pablo II en la Asamblea General del CELAM en Haití, en marzo de 1983, explica López Trujillo (2000o, p. 2) las

características que ha de poseer el proceso de nueva evangelización de cara a los desafíos del tercer milenio. Define a esta actividad como la comunicación de la Buena Nueva de la salvación en Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres. Se trata de una verdad que debe “resonar con nueva fuerza” para formar el pueblo creyente, con identidad eclesial. Entre las principales notas distintivas de la nueva evangelización figuran:

“Nueva en su ardor” (López, 2000o, p. 3); es decir, realizada con el “calor del Espíritu” o de la Pascua que es capaz de renovarlo todo. Supone la transformación de la realidad en una nueva creación inspirada por Dios. La evangelización actual implica la conversión que hace de los bautizados unos auténticos testigos de Cristo como lo fueron los apóstoles. También incluye la capacidad de oponerse al secularismo que “deja la existencia aparte de Dios”. Se tiene “ardor” cuando se vive “el diálogo de la oración” sin necesidad de “falsos trascendentes”.

“Nueva en sus métodos” (López, 2000o, p. 4) porque posee “imaginación creadora” y “capacidad inventiva”, elementos fundamentales para el proceso catequístico comprendido como formación sistemática. Para alcanzar tal efecto se deben emplear a fondo los modernos medios de comunicación social.

“Nueva en su expresión” (López, 2000o, p. 5) en tanto que se presta atención al tipo de lenguaje adecuado para transmitir el mensaje de la fe a las generaciones contemporáneas. Este cuidado de las formas de expresión verbal preserva los contenidos esenciales de la fe y de la moral, sin adulterarlos. Se ha de emplear como medio de transmisión de la fe un lenguaje “cercano, penetrante e incisivo” que pueda ser meditado y que transforme los corazones. Para alcanzar tal propósito se requiere del “vigor

evangélico” o “parresía” que está presente en Hechos de los Apóstoles y genera creyentes sin temor ante las dificultades, con convicción y audacia.

Un aspecto fundamental de la transmisión de la fe en las familias lo constituye la organización jerárquica de la tarea eclesial. En efecto, todas las iniciativas de comunicación de las verdades de fe y moral, al interior de la Iglesia católica, son guiadas por los pastores legítimamente designados. Esta estructura orgánica de la acción pastoral garantiza la unidad en los principios doctrinales que constituyen la base de la identidad del creyente.

El Cardenal López insiste en la importancia de la guía episcopal en la tarea evangelizadora, capaz de garantizar la rectitud doctrinal de los ejercicios pastorales que tienen por objeto la transmisión de la fe. Justamente la etimología del término “epíscopo” lo denota; traduce textualmente “el que supervisa” u “observa sobre el rebaño” para protegerlo (del prefijo “epi”, sobre, y “skopein”, observar). Frente al papel del obispo en el proceso de evangelización destaca el prelado colombiano:

...una pastoral sin doctrina es ciega, es inútil. Por esta razón, actuar como maestros en los presbiterios y en el ámbito de la diócesis es una tarea insustituible, respetando la responsabilidad de los laicos y reconociendo el papel de los padres como primeros evangelizadores de sus hijos (López, 2008c, p. 210).

Es el obispo quien orienta el diseño y ejecución de los planes pastorales en cada una de las diócesis, en compañía de un equipo idóneo de colaboradores que se constituye en el instrumento rector de la tarea evangelizadora eclesial, atendiendo a las disposiciones genéricas que los sínodos episcopales y el magisterio pontificio trazan en bien de la extensión del Evangelio. La obra de la transmisión de la fe involucra a todo el tejido

eclesial que se resume en el trabajo concertado de pastores legítimamente designados y pueblo creyente, constituido por las familias de bautizados. Así lo confirma López: “sin la familia no se puede hacer nada, pero tenemos la responsabilidad de dar a la pastoral solidez doctrinal; una pastoral de comunión, de evangelización, y de organización en la Iglesia que solamente el obispo puede elaborar” (López, 2008c, p. 211).

Todos los bautizados que participan del proceso de transmisión de la fe en la Iglesia son dinamizados por el poder del Espíritu Santo para comunicar la verdad del Evangelio con eficacia; sin embargo, cuando se contrista la presencia del Paráclito en el corazón de los creyentes, la acción misionera eclesial disminuye en intensidad y resultado. Las causas para que se produzca esta limitación en el anuncio del Evangelio son diversas: la tristeza y la desidia sobresalen entre los males que pueden aquejar a los bautizados que experimentan la tibieza y no el fervor que provoca el testimonio vivo.

López Trujillo (2000d, p. 466) emplea el símil de un cuerpo humano enfermo, sin respiración, debido a que no posee oxígeno en los pulmones, para referirse a la comunidad que no posee la “fuerza del Espíritu” y que, por tanto, no evangeliza. Para anunciar a Cristo con convicción y contundencia, la Iglesia debe tener “oxígeno nuevo, pulmones enérgicos, llenos de la presencia del Espíritu Santo”.

También emplea el prelado colombiano la figura de una lancha “que da vueltas sobre sí misma” para referirse a la posibilidad de que una comunidad eclesial se dedique a actividades secundarias, entre las que se destacan las discusiones, y pierda el impulso evangelizador, la energía para proclamar el mensaje cristiano. Cuando esta tendencia aparece, no se “navega”, se evita la acción misionera.

Insiste el Cardenal López en que la Iglesia manifiesta su existencia auténtica cuando sale de sí misma, de su “encerramiento”, gracias a que es rescatada y purificada en Cristo. Entonces la comunidad eclesial logra vencer el “caparazón reducido, asfixiante, del egoísmo” y se lanza de nuevo a la tarea de testimoniar, en el encuentro amoroso con los hermanos, la experiencia viva y transformante de Jesús.

El proceso de evangelización nace cuando el testigo de Cristo, viviendo la experiencia de la fe, se dedica a manifestar tal adhesión vital a oyentes que se constituyen en nuevos discípulos-misioneros. Se trata de la transmisión de la verdad salvadora que deriva en la existencia de nuevos creyentes que son capaces de la tarea del apostolado. Este proceso dinámico de conocimiento, enamoramiento y servicio centrado en el Mesías implica alto grado de compromiso real y efectivo en la historia. Bien afirma López que profesar la fe en Jesucristo es “una confesión que empeña, compromete y que a la vez sujeta, seduce y libera” (2000g, p. 594).

El término que sintetiza de forma integral la realidad de la fe en Cristo es la donación. Quien se encuentra con el Salvador, que ha entregado gratuitamente la totalidad de su existencia para la redención humana, no tiene otra convicción distinta a la de donar también su tiempo, trabajo y recursos en favor de la extensión de la obra evangelizadora. Es una decisión libre la que se produce por parte del convertido que involucra toda su realidad personal:

La fe en Jesucristo es un decidirse que lleva a una persona, que implica la dinámica de un darse a una Persona de la Trinidad, de una donación que lo cambia todo. Todo tiene una significación diferente antes y después de esa donación que es respuesta de fe (López, 2000g, p. 594).

Para el Cardenal colombiano la fe tiene un costo: reclama de parte del cristiano una entrega generosa, un desgaste progresivo en favor de la tarea misionera o de la transmisión de la fe recibida. En este proceso de comunicación de la verdad conocida se pone en juego toda la existencia, hasta el punto de llegar a arriesgarse la vida. Nuevos retos enfrenta hoy la comunidad creyente en contextos en los cuales se percibe, en distintas ocasiones, la indiferencia o rechazo frontal o incluso violento contra los valores y costumbres cristianas. Se requiere del coraje y de la valentía que el Espíritu otorga para mantener la identidad ante situaciones históricas complejas, contrarias a la experiencia de la fe en Cristo. Así lo indica el prelado López Trujillo:

“La fe, como entrega a Jesucristo, lleva a un conjunto de realidades y exigencias que son para el cristiano un duro y permanente desafío, un riesgo de enormes proporciones. He aquí la razón por la cual es una fe costosa” (2000g, p. 594).

En distintos momentos de la historia de la Iglesia el martirio ha acompañado la obra misionera. El derramamiento de sangre de hombres y mujeres cristianos constituye la evidencia más radical de entrega a la causa del Evangelio, a la extensión del Reino de Dios. En el mártir se verifica no sólo una confesión verbal de la fe sino el empeño de la existencia misma por una convicción definitiva. Se encuentra, en términos de López, el riesgo máximo que surge ante la fe recibida y proclamada:

Se trata no de un mero decir con los labios, sino de una confesión de pleno reconocimiento y entrega en el Señor, Kyrios, por el cual se está dispuesto a todo. Y en el momento histórico de ese invocar y aclamar a Jesucristo, podría costar la persecución y la vida. La Iglesia ha sido siempre la de los mártires, testigos de la fe hasta la muerte... (2000g, p. 594).

Toda donación generosa es motivada al interior de la Iglesia por la presencia del Espíritu Santo. Es esta Persona divina la que inspira las obras virtuosas del creyente que se concretan en el amor de descentramiento de sí mismo y que buscan de forma exclusiva el bien del prójimo. Esta realidad que conduce a la comunión y a la solidaridad es una de las manifestaciones más claras de la bondad de la evangelización eclesial que se puede denominar, en términos de López Trujillo, la “confesión real” de la fe:

... si se trata de una real confesión, es decir de la entrega de la totalidad de la vida, en una respuesta de todo el ser, que hace que el ser ex-sista, salga de sí, para una donación especial, eso no se puede hacer, con todo lo que eso significa e implica, sino en virtud de la gracia, de la fuerza, de la energía del Espíritu (2000d, p. 464).

Los mártires, aquellos que han alcanzado la donación en su punto culmen, han contado con el auxilio sobrenatural del Espíritu Santo que les ha fortalecido en grado extremo su voluntad y ha clarificado su entendimiento con la luz de la verdad revelada. Este tipo de testimonio confirma el alcance operativo de la libertad humana cuando es guiada por la fe cristiana, alcanzándose la convicción de que la donación de la vida es la expresión suprema del amor a Cristo. Frente a esta forma radical de entrega expresa López:

Una confesión hasta el martirio, con esa totalidad de entrega, requiere la fuerza del Espíritu Santo. Los mártires lo son porque el Espíritu Santo los ha movido, los ha llenado de una fuerza que de suyo no podrían de manera alguna tener (2000d, p. 464).

La experiencia de la fe auténtica permite al ser humano tomar decisiones objetivas puesto que se pueden seguir las disposiciones de la verdad revelada que conducen a la santidad de vida. Este tipo de opción vital

se contraponen a otra serie de propuestas que originan la pérdida de la identidad cristiana y que dan al traste con el plan de felicidad trazado por Dios. En el contexto secularista actual se verifican postulados relativistas que niegan la existencia de la única verdad revelada y se proclama sólo el camino del éxito individual como clave de existencia en la cultura global. Ante esta problemática argumenta el Cardenal López:

“La fe representa una opción central que articula la existencia personal y social contra las desarticulaciones y fragmentaciones que implica el secularismo y que alteran gravemente la verdad del hombre. Es por la revelación, cargada de misterio, como creemos” (2007a, p. 24).

Cabe destacarse que el misterio, al que alude la revelación cristiana, hace referencia a la manifestación definitiva de Dios en Jesucristo, persona que posee doble naturaleza, imagen visible de la realidad divina, expresión palpable y constatable en la historia de la sabiduría eterna. A esta verdad encarnada en las coordenadas espacio-temporales tenemos acceso por el recurso de la fe; se ofrece la posibilidad de entrar en contacto personal y directo con el Verbo de Dios, con Jesucristo, único salvador de la humanidad, capaz de devolver al hombre su dignidad primigenia, perdida por razón de pecado. En estos términos resume López la dinámica que suscita la experiencia de la fe:

“La fe nos sumerge en el Dios vivo, con quien podemos dialogar, a quien podemos orar. Somos creados y recreados; salimos de sus manos creadoras y hemos sido redimidos y reintegrados frente al riesgo de la fragmentación y la desarticulación” (2007a, p. 29).

Esta “reintegración” al orden armónico de relación consigo mismo, con los demás hermanos y con Dios Padre conduce a un novedoso modo de vida

por parte del creyente que ha experimentado la misericordia de Cristo. Cada integrante de la comunidad cristiana cuenta con la posibilidad de ejercitarse, a partir del hecho redentor, en la tarea de la evangelización y de la comunión comprendida como amor oblativo. De esta forma sintetiza el Cardenal colombiano las dos tareas que competen a la comunidad eclesial: “La Iglesia existe en la doble misión de empeñarse en el amor y de evangelizar en ese mismo empeño” (López, 2000d, p. 467).

Puede afirmarse que el seguidor de Cristo, quien vive la experiencia de la fe, se halla habilitado para lanzarse al reto de contribuir a la edificación de un nuevo diseño de sociedad humana, inspirada básicamente en la caridad. Por tanto, la fe se traslada al plano de las obras tangibles que crecen en forma progresiva al punto de involucrar a la sociedad entera. A este diseño de comunidad nueva se le denomina “civilización del amor”, inspirada por la gracia pero elaborada con la libre determinación humana. Así pues, al ser humano se le confía, con el recurso de la razón iluminada por la fe y de la voluntad animada por la gracia, la modelación de un género nuevo de relaciones sociales. Frente a tal proyecto López Trujillo indica:

“En ese sentido, el hombre es el arquitecto de su propio destino; le es confiado el desarrollo de un proyecto divino relacionado con su perfeccionamiento moral, su crecimiento en el ser, y su humanización, para llegar a la liberación integral” (2000i, p. 141).

En última instancia la obra de la evangelización conduce a la restitución de la imagen divina que subsiste en cada hombre a pesar de la realidad de pecado. Para tal efecto la gracia salvífica devuelve al ser su lozanía original convirtiéndolo en verdadero ícono de Dios, cuando se evidencia la verdad del amor y se comunica ad extra en diversas obras de virtud. En este proceso de recomposición vital cuenta la libre cooperación humana que acepta la

propuesta de la verdad liberadora del Evangelio proclamada por la comunidad eclesial. Dios espera pacientemente la respuesta humana frente a la revelación salvífica, capaz de reformar en el hombre su imagen sagrada:

“Ser imagen, como vocación, como llamada de Dios, implica una colaboración responsable, libre, personal, y es parte del designio de Dios, que quiere el bien del hombre” (López, 2000i, p. 141).

Una vez reconstituido el ser personal por la gracia de Cristo se halla habilitado para las obras de caridad diversas que se resumen en el servicio comunitario en diversos ambientes: familiares, laborales y cívicos. La cooperación en tales realizaciones es básica y, por tanto, se hace necesaria la solidaridad que conduce al bien universal, bajo la inspiración del Espíritu Santo y la respuesta voluntaria libre. Esta es la tarea social del cristiano que lo convierte en valioso protagonista de la vida civil y en verdadero imitador de Jesús:

En virtud del Espíritu recibido, el verdadero discípulo de Cristo se ve impulsado a ponerse al servicio de sus hermanos, en la Iglesia, en su familia, en su vida profesional, en las numerosas asociaciones y en la vida pública, en el orden nacional e internacional. Servir es el camino de la felicidad y de la santidad: nuestra vida se transforma, pues, en una forma de amor a Dios y a nuestros hermanos (López, 2000n, p. 517).

4. IMPLICACIONES TEOLÓGICAS Y PASTORALES DE LA OBRA DEL CARDENAL LÓPEZ TRUJILLO EN LA ACTUALIDAD EN CUANTO A LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA

La obra del Cardenal López Trujillo en cuanto a la transmisión de la fe en la familia mantiene vigencia desde el punto de vista teológico y pastoral porque se ocupa de realidades y problemas que están presentes en la sociedad y tienen implicaciones tanto en la esfera eclesial como en la realidad familiar.

La reflexión de López Trujillo, como presidente del Consejo Pontificio para la Familia, ha sido tomada en cuenta por quienes le han sucedido en este organismo eclesial bajo la guía de los dos últimos papas: Benedicto XVI y Francisco. Su contribución a la teología de la familia, la evangelización y la cultura de la vida ha sido objeto de atención por diversas editoriales que han publicado sus obras no sólo en su lengua materna, sino también en italiano y francés. El gran número de intervenciones que realizó alrededor del mundo en diferentes simposios y congresos lo acreditan como autoridad de primer nivel en lo respectivo a la relación existente entre fe cristiana, comunidad familiar y realidad social.

Considerando que hace seis años ha fallecido el Cardenal López se espera que su obra en tiempos de nueva evangelización, desarrollo de la pastoral familiar y profundización de la reflexión bioética, se constituya en una base de investigación teológica y pastoral que cuenta con el valor de la preservación doctrinal en contextos de diversidad ideológica y existencial.

4.1. La cultura de la vida como condición de posibilidad para la transmisión de la fe en la familia

A lo largo de 18 años de servicio ministerial en la presidencia del Consejo Pontificio para la Familia, el Cardenal López Trujillo exaltó la cultura de la vida como forma de preservación de la existencia humana desde su concepción hasta su muerte natural. Se trata de un planteamiento antropológico integral en el cual se respeta la dignidad del ser humano como creación eximia de Dios; de ahí que se le considere sujeto de derechos inalienables por cualquier tipo de régimen político, ideología o sistema social.

La cultura de la vida halla su fundamento en la ley natural inscrita en el corazón del ser humano, la sagrada revelación cristiana y es sustentada por el magisterio eclesial. En la actualidad se constituye en una plataforma de diálogo interreligioso para diversas denominaciones religiosas que se empeñan en la defensa de la dignidad humana ante intentos reduccionistas que provienen de frentes secularistas o totalitarios⁷.

En la cultura de la vida se considera el matrimonio establecido entre el hombre y la mujer como la condición ideal donde surge la existencia humana. Se cuida el valor de la familia en la que se establecen distintas relaciones fundadas en el amor: la paternidad, la maternidad, la conyugalidad, la filiación y la fraternidad. Ante diversas propuestas secularistas que tratan de alterar la institución familiar cristiana, la cultura de la vida salvaguarda su identidad específica a través del diálogo constructivo entre la fe y la sociedad, exponiendo en la esfera pública los principios revelados en categorías

⁷ El 1 de julio de 2014 se firma por primera vez en Colombia una declaración conjunta sobre la paz en el Palacio Arzobispal de Bogotá que reúne los objetivos comunes de las comunidades judía, católica y musulmana. En el evento intervienen el cardenal Rubén Salazar Gómez, el rabino Alfredo Goldschmidt y el sheik Ahmad Tayel.

comprensibles desde el ámbito racional que favorecen en todo caso la preservación del bienestar y realización integral del ser humano.

Señala López (2000f, p. 423) desde la Universidad Católica Argentina, en septiembre de 1998, la existencia de una “conspiración” o “conjura” contra la vida. Se refiere a la antítesis de la cultura de la vida denominada la “cultura de la muerte” que presenta carácter político y universal porque entran en juego las decisiones de las mayorías parlamentarias o de los partidos políticos que pretenden imponer su propia lógica como bien común en contra de la preservación de la vida humana o de su desarrollo integral, evadiendo la verdad revelada y el orden deseado por Dios.

Por ejemplo se ha alcanzado en distintas legislaciones avalar como realidad matrimonial la unión entre personas del mismo sexo, ignorando el principio natural de origen del ser humano⁸. Debe recordarse que la familia fundada por el hombre y la mujer es el “lugar originario de la vida humana, entendida ésta en su genuina realidad que supera el ámbito de lo estrictamente biológico...”. Por ese motivo el Cardenal llama a la familia, conformada según los criterios de la revelación, “auténtico contexto de la procreación humana, el santuario de la vida” (López, 2004e, p. 12).

Esta misma percepción de la familia como cuna de la cultura de la vida la presenta el Papa Francisco en la encíclica *Lumen Fidei*. Destaca que la institución familiar formada por hombre y mujer es “signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y aceptación de la bondad de la diferenciación sexual que permite a los cónyuges unirse en una sola carne y ser capaces de

⁸ El matrimonio entre parejas del mismo sexo ha sido aprobado por las legislaciones de Países Bajos (2001), Bélgica (2003), España (2005), Canadá (2005), Noruega (2009), Suecia (2009), Portugal (2010), Islandia (2010), Argentina (2010) y Ciudad de México (2009). En Colombia fue propuesto por el senador Armando Benedetti Villaneda en el proyecto de Ley N° 42 de 2012 pero no fue aprobado por la mayoría de la Cámara Alta.

engendrar una nueva vida, manifestación de la bondad del creador...” (LF, n. 52).

Existe una línea de continuidad entre el pensamiento de los tres últimos pontífices y la reflexión del Cardenal López Trujillo en lo concerniente a la defensa de la institución familiar cristiana. Es de anotar que Wojtyla, Ratzinger y Bergoglio han compartido, en su tiempo, con el Cardenal López los mismos ideales de defensa de la cultura de la vida y promoción de la nueva evangelización eclesial.

Es necesario indicar algunas amenazas que en la sociedad presente se identifican en contra de la cultura de la vida y que fueron caracterizadas en la obra de López Trujillo. Puede destacarse la modificación del origen de la vida humana, la distorsión de la educación sexual, el nuevo modelo antropológico y moral, la campaña de negación de la vida humana.

En cuanto a la modificación del origen de la vida humana, el ser del hombre y la mujer posee una dignidad tal que reclama, para su surgimiento, de la entrega manifestada en el amor. Expresa López que “el auténtico lugar antropológico de la concepción de la vida humana no puede ser la frialdad técnica del laboratorio sino esa característica donación de las personas que es el amor conyugal”. Es justamente en el amor matrimonial en el cual la criatura “encuentra el ámbito apropiado de generación, crecimiento y formación humana, en bien de sí misma, de la familia y de la sociedad” (2004e, p. 16).

Por tanto, la cultura de la vida implica la atención a la cuestión ética de la procreación en tanto que se verifica hoy la posibilidad técnica de la práctica de la clonación referida a la especie humana y se experimenta el aumento de uso de los llamados vientres de alquiler, así como de la fecundación in vitro que conduce a la desaparición de embriones no aptos. En general es urgente

el cuidado sobre todo tipo de manipulación de la vida humana, en este caso en su fase germinal, que incluye las prácticas de la ingeniería genética.

El Cardenal López alerta sobre la distorsión que en la actualidad se produce en los procesos de educación sexual de la niñez y la juventud como una manera de supresión de la cultura de la vida. Indica que existe una “abstinencia” en la formación de valores cristianos que provoca, “con la complicidad de los medios de comunicación, una atmósfera de permisividad que lleva al desenfreno” (López, 2000e, p. 293).

Señala al respecto que la llamada “revolución sexual” ha orientado la conducta juvenil hacia la búsqueda del placer individualista en ausencia de los legítimos patrones morales, favoreciendo la banalización del sexo y la ridiculización de valores como la virginidad y la castidad. Este fenómeno social se ha extendido en occidente desde la década del 60 en el siglo XX y se ha valido para su propagación de notorias figuras de la llamada “cultura pop”. Frente a la crisis educativa en materia sexual señala el prelado colombiano:

“El hedonismo hace del placer el fin último de todas las acciones, como regla y norma de la moralidad. Es esta la catástrofe de una revolución sexual que no oculta su falso ideal de liberación” (López, 2000e, p. 296).

Se produce, entonces, la oposición entre la búsqueda exclusiva del placer en ausencia del auténtico amor y la entrega responsable que considera la apertura a la vida en el seno del matrimonio cristiano.

Con respecto a la instauración de un nuevo modelo antropológico y moral, el Cardenal señala que se pretende globalizar sobre la base del materialismo y del pragmatismo un diseño distinto de humanidad que prescinde de su raíz espiritual. Se desencadena, por tanto, el pluralismo ético

que concede falsos derechos de intervención frente a la vida humana, desde el punto de vista científico, político y jurídico. Para alcanzar tal propósito se emplea la “polución del lenguaje”; en este caso “el lenguaje es manipulado, sometido a masajes y maquillajes, revela una gravísima alteración conceptual, en la raíz misma de la antropología de la verdad del hombre, que es ofuscada y alterada” (López, 2000f, p. 427).

Como producto de la manipulación terminológica surgen expresiones eufemísticas que ocultan el atentado contra la vida humana. Así, por ejemplo, al aborto se le denomina “interrupción voluntaria del embarazo”; a la unión entre personas del mismo sexo se le nombra como “matrimonio igualitario”; a la eutanasia se llama “muerte digna”; a la práctica de la eugenesia se le reconoce como “examen prenatal”. Esta nueva semántica aparece como supuesto garante de la libertad humana en aras de la implantación del modelo ideológico relativista internacional que prescinde de las fuentes cristianas de la sociedad occidental.

El Cardenal colombiano señala las campañas que niegan el valor de la existencia humana como realidades que estimulan la “cultura de la muerte”. El aborto es una de las formas por las cuales, en nombre de falsa libertad, se suprime el derecho de los indefensos a formar parte de la historia y de la sociedad. Al respecto expresa el prelado colombiano:

... son conculcados en nombre de una concepción de la libertad y de democracia los derechos fundamentales de los más débiles y el más fundamental de todos: el derecho a la vida, sin el cual los demás derechos carecen de soporte, simplemente porque carecen de sujeto, pues éste es negado como persona o es eliminado como cosa (López, 2000f, p. 425).

Una de las estrategias empleadas para implantar el aborto de forma legalizada dentro de la cultura actual consiste en oponer los “derechos” de la mujer a los de la criatura concebida. Se presenta la oposición entre dos seres que, por condición biológica, se hallan en estrecha relación maternal - filial. Como producto de tal conflicto el hijo concebido se convierte en objeto de propiedad sin identidad personal. Así lo refiere Monseñor López:

Las madres son inducidas a esgrimir sus derechos, en oposición a los derechos del nascituro, y a decidir, en consecuencia, porque el nascituro sería propiedad suya, no un ser nuevo, una nueva vida, un nuevo sujeto, una persona, sino como un apéndice de libre disposición (2000f, p. 428).

López Trujillo alerta sobre intentos a escala internacional de establecer el aborto como instrumento para evitar el crecimiento de la tasa de natalidad mundial. Indica que en repetidas ocasiones, por ejemplo en los documentos preparatorios de las conferencias internacionales de El Cairo, sobre Población y Desarrollo (1994), y de Pekín, sobre la Mujer (1995), se trató de incluir la práctica del aborto como medio de planificación familiar o como instrumento de control demográfico (2000e, p. 282).

Afortunadamente en las sesiones de la Comisión de Población y Desarrollo de la ONU, que se adelantaron en abril de 2014, no fue aprobada la propuesta de declarar el aborto como un “derecho humano”, método de planificación familiar y medio de reducción de la mortalidad materna.

En la obra de López Trujillo se halla una serie de sugerencias para que se instaure y se desarrolle la cultura de la vida ante la compleja realidad contextual de comienzos del siglo XXI. Propone la presentación de la exacta visión antropológica, el desarrollo de la ecología humana con solidez moral y el rechazo a los programas de muerte.

Insiste en que es necesario recuperar la comprensión integral del ser humano en la cual se garantiza su unidad corpórea y espiritual. Diversas concepciones sostienen de forma errónea, como el materialismo, que el hombre y la mujer son sólo realidades psicósomáticas carentes de dimensión espiritual, suprimiendo su condición creatural. Por tanto señala el Cardenal colombiano:

Es fundamental tener una exacta visión antropológica, basada en la concepción hylemórfica (no dualística), según la cual la persona humana está constituida por el alma y el cuerpo. El cuerpo es humano, precisamente porque está animado por un alma espiritual, de la que recibe su unidad, su coordinación, su armonía. De esta unión substancial proviene la unidad de la actividad humana (2000e, p. 285).

La cultura de la vida para su surgimiento y expansión requiere de la adecuada convivencia social caracterizada por la coexistencia fraterna. Se trata de una auténtica ecología humana que busca la preservación de la dignidad humana a partir de la formulación y transmisión de sólidos principios morales en la familia, los centros educativos y los medios de comunicación que forman con criterios cristianos a la niñez y a la juventud.

El Cardenal colombiano considera que es necesario recuperar los valores como “puntos de referencia” existencial de los jóvenes, comprendiendo que es en Cristo donde radica la clave fundamental de la vida humana. Por tanto, la cultura de la vida precisa de la tarea evangelizadora explícita o de la transmisión de la fe cristiana si se pretende salvar del riesgo de muerte a la generación presente (2000h, p. 456).

Esta cosmovisión cristiana asumida como modelo educativo conduce a la construcción de la civilización del amor en la que cobran nuevo sentido las

distintas realidades de la existencia, incluida la sexualidad. Si se busca alcanzar un tipo de sociedad en el que se evidencie la ecología humana se debe emprender un proceso educativo que forme “en un amor comprometido, que no debe confundirse con una sexualidad meramente pulsional, animal, que se convierte en ídolo que esclaviza y no libera” (López, 2000e, p. 297).

El prelado colombiano considera necesario, además, el rechazo decidido de todo programa de muerte que surja en el plano social. Esta actitud crítica y reactiva del creyente conduce a la defensa de la cultura de la vida en escenarios diversos de la sociedad: la opinión pública, los sistemas educativos, los regímenes políticos y económicos. Se trata de la acción militante del cristiano en aras de la preservación de las condiciones de respeto a la dignidad humana que no puede estar subordinada a ningún tipo de interés, ideología o línea de pensamiento. Quien defiende la vida humana y su cabal desarrollo está anunciando el evangelio de Cristo, a precio de cierto tipo de martirio:

La cultura por la vida es ya un anuncio, un evangelio de liberación del Señor... En esta causa, en esta lucha que a todos envuelve y compromete, tenemos una certeza: la victoria en el Señor... Los poderosos se endurecen, pero terminarán por rendirse ante la evidencia de una verdad que los interpela y que los avergüenza (López, 2000p, p. 245).

4.2. La nueva evangelización familiar como imperativo del tiempo presente

El Cardenal López Trujillo comprende que ante la realidad compleja del mundo contemporáneo es fundamental implementar el proceso de nueva evangelización, atendiendo a la problemática que la familia vive. Se corre el riesgo de la deshumanización ante distintas propuestas ideológicas entre las

que sobresale la secularización, la cual presenta retos a las formas de percepción integral del cosmos y la sociedad:

Gran parte de los desafíos provienen de la secularización generalizada, en virtud de la cual se excluye a Dios de la sociedad y no se lo considera necesario para explicar la creación, la vida, el hombre, el sentido de la existencia. Dios está en las raíces más profundas del amor, de lo que somos, pero se lo olvida como si fuera un ser inútil, incluso un intruso y un obstáculo para nuestra libertad, como si contrastara nuestra autonomía (López, 2008c, p. 213).

Esta visión horizontal de la existencia origina un modelo de ser humano privado de la esperanza de eternidad, encerrado en sí mismo, sometido a la deriva del condicionamiento temporal y carente de sentido existencial cristiano. Así lo explica el prelado colombiano (2007a):

Con una visión meramente terrenal, que privilegiaría un materialismo o positivismo cerrado, se empobrece al hombre hasta hacer de él un pobre peregrino sin norte, ni meta... No en vano se pierde el sentido del hombre cuando se ha perdido el sentido de Dios y de su existencia y su misma concepción de persona como ser en el diálogo con Dios de cuyas manos bondadosas surgió el hombre (p. 12).

El arzobispo Rino Fisichella, quien es el presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, expresaba en la Universidad Pontificia Bolivariana la necesidad de emprender la obra evangelizadora ante la crisis de sentido existencial que se vive en la sociedad contemporánea, la cual ha conducido a la búsqueda de falsas vías de solución ante los interrogantes planteados por el hombre de hoy. Sus palabras coinciden con los señalamientos de López Trujillo en cuanto a los rasgos de la

cultura actual y la necesidad de anunciar a Cristo como modelo de vida en nuestras comunidades:

“Cuando desaparece la búsqueda del genuino sentido de la existencia, cuando se lo substituye por senderos que asemejan una selva de propuestas efímeras, sin que se comprenda el peligro que esto significa, entonces es justo hablar de nueva evangelización” (Fisichella, 2011, p. 6, <http://www.zenit.org/es/articulos/la-nueva-evangelizacion-segun-monsenor-fisichella>).

Por tanto, se requiere emprender la tarea evangelizadora en aquellas comunidades en las que se percibe la erosión de la fe y cuyo legado generacional de virtudes cristianas ha sido abolido por las propuestas de la secularización y el relativismo contemporáneo. En términos del cardenal colombiano (2000o), “cuando se pierde el sentido de Dios y, por tanto, el profundo sentido de la vida y las razones para vivir y luchar, como si hubiera llegado el invierno, se requiere el clima de una nueva evangelización” (p. 4).

Según EG n. 66 es prioritario dirigir la atención al núcleo familiar en la actualidad puesto que el matrimonio, por ejemplo, se constituye de forma arbitraria y se modifica de acuerdo con la sensibilidad del individuo. Esta es una evidencia clara de la urgencia de la tarea evangelizadora en el siglo XXI, prevista años atrás por Monseñor López.

Se aprecia, entonces, una “cultura de disociación” que fragmenta a la persona (López, 2007a, p. 28) y socaba los fundamentos mismos de la convivencia social produciendo un modelo “desarticulado” de existencia, evidenciado en el individualismo, el aislamiento y la indiferencia.

Se requiere de “nuevas formas de fraternidad que son posibles para trazar los perfiles de una nueva humanidad en Cristo” (López, 2000g, p. 603) a fin de rescatar al ser humano de aquello que atenta contra su dignidad. Este modelo de relación armónica con el hermano y el cosmos lo potencia el anuncio de la salvación y la formación de comunidades eclesiales, dinamizadas por la caridad que es infundida por el Espíritu Santo.

Debe recordarse, insiste Monseñor López (2000l, p. 219), que el proceso de evangelización “se centra en la verdad de Cristo y tiene como contenido todo lo que la Iglesia proclama y aquello en lo cual la Iglesia cree”. De ahí que la predicación kerigmática constituya el núcleo de la acción evangelizadora, basada en los textos de la Escritura, la comprensión que de la misma realiza la Tradición y la interpretación del Magisterio eclesial.

El Cardenal López sintetiza la bondad de la obra evangelizadora en los siguientes hechos: la recreación del ser humano como imagen de Dios, la generación de una nueva cosmovisión, el encuentro del sentido de la existencia y su ennoblecimiento, la nueva condición dialógica del hombre y el reconocimiento de la dignidad del prójimo. Este conjunto de obras de renovación que el anuncio cristiano logra, engendra un novedoso tipo de realidad familiar caracterizada por la personalización de sus miembros.

Cristo aparece como el medio más apropiado para “crecer en nuestra condición de imágenes de Dios” (López, 2000g, p. 596) porque Él presenta la bondad máxima del Padre en la historia y, a la vez, encierra en sí mismo el valor extraordinario de la dignidad humana. Por su unión hipostática garantiza que se halle en su ser tanto el esplendor de la divinidad como la grandeza de lo humano.

El encuentro con Jesucristo modela de tal modo la existencia que suscita una nueva percepción del cosmos, la vida y la sociedad. A este proceso de transformación radical de costumbres se le puede denominar nueva cosmovisión. Por tanto, la evangelización familiar no supone únicamente la consideración de aspectos doctrinales de índole teórica sino el compromiso operativo en la búsqueda del bien, la verdad, la belleza y la santidad. López (2000l) explica que el seguimiento de Cristo “nos abre a determinadas actitudes, a un caminar coherente, a tener cierta visión, una manera de ver y de interpretar el mundo, el hombre y la historia” (p. 22).

Este “caminar coherente” que caracteriza al verdadero cristiano se convierte en el principal recurso para desarrollar el programa de nueva evangelización en el hogar. El testigo es el mejor evangelizador en términos de Fisichella (2011):

Solamente a través de los hombres tocados por Dios, Dios puede retornar a los hombres. La nueva evangelización, por tanto, parte de aquí: de la credibilidad de nuestra vida de creyentes y de nuestra convicción de que la gracia actúa y transforma hasta el punto de convertir el corazón (p. 14, <http://www.zenit.org/es/articles/la-nueva-evangelizacion-segun-monsenor-fisichella>).

Quien ha vivido el proceso de conversión puede hallar en forma correcta la “respuesta a preguntas fundamentales que han de acompañar a todo hombre a lo largo de su peregrinación en el tiempo” (López, 2000g, p. 601). Esta explicación verdadera de la existencia encierra en sí misma la captación del sentido que se vincula directamente con la realidad de la muerte y “el llamado a la eternidad”.

Puede afirmarse que ningún área de la existencia queda al margen del anuncio cristiano. Es así como la vida personal, familiar y social se enriquece axiológicamente cuando los principios existenciales del evangelio permean el ser. Bien lo indica López (2000g): “Normalmente, allí donde el Evangelio ha sido predicado, no hay dimensión o sector de la existencia que no hayan sido iluminados o no hayan recibido la influencia del mensaje cristiano” (p. 601).

Un nuevo género de relación se engendra al interior de las familias y la sociedad cuando el Evangelio se imprime en la vida personal. Formas de solidaridad se expanden ante la asunción de los valores más caros del cristianismo con lo cual se vence la tendencia al individualismo y aislamiento que se han propagado a partir de los principios del relativismo y la secularización. En este marco de vida cristiana la actitud dialógica es fundamental puesto que el otro surge como sujeto de derechos y valores, digno de ser acogido, escuchado y servido. Para el Cardenal colombiano (2000g) la revelación de Jesucristo en los pueblos “ha abierto una nueva forma de relación y de comprensión de los hombres entre sí, en el diálogo y la recíproca comprensión” (p. 601).

La nueva evangelización se convierte, entonces, en posibilidad de “reconocimiento del ‘pequeño’, del pobre (sin ligarlo a esquemas ideológicos), del desvalido, de quien sufre y choca con sus propios límites o se halla en situaciones límites” (López, 2000g, p. 601).

Bien expresa el prelado colombiano las bondades del humanismo cristiano al reconocer la dignidad intrínseca de toda persona independientemente de las realidades contextuales en que transcurra su existencia. Incluso la evangelización conduce a la defensa de los derechos de los más vulnerables de la sociedad:

En otras palabras, quien parecía no contar, no merecer ser tenido en cuenta, emerge del olvido o del rechazo, en virtud del amor que sabe leer más hondo, como alguien que es, que vale, que tiene una dignidad que nadie puede negársela, porque Dios no se la niega (2000g, p. 601).

4.3. Estrategias y métodos sugeridos para la transmisión de la fe en familia

Las condiciones del mundo contemporáneo exigen nuevas formas del anuncio evangélico que sean capaces de ofrecer respuestas convincentes ante los retos que presentan el relativismo y la secularización de la sociedad, los cuales afectan la naturaleza y el modus vivendi de las familias y de otros tipos de comunidades cristianas. El Departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal de Colombia (2012) expresa la necesidad de establecer nuevos paradigmas en lo concerniente a la transmisión de la fe puesto que no se puede “seguir con actitudes y planteamientos propios de épocas pasadas que en su tiempo fueron válidos pero no hoy... Es necesario superar la forma de evangelización que fue propia de la sociedad cristiana, y adoptar una evangelización misionera para una sociedad descristianizada” (p. 56).

Indica Monseñor López (2002, p. 2) que la novedad en las formas de evangelización supone “la misma, permanente y perenne buena nueva de la salvación en Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres, la que ha de resonar con nueva fuerza”. Es decir, el núcleo de la proclamación permanece vigente en los novedosos modos de expresión del Evangelio en el tiempo actual. Cristo, Mesías resucitado, es la definitiva propuesta de salvación ofrecida por Dios Padre a los distintos pueblos que conforman la familia humana, en las diversas etapas de la historia.

El Cardenal colombiano (2007a, p. 21) se refiere a la presencia de la fe en la familia cristiana en el transcurso de las generaciones como una especie de gran planta “que tiene una misma savia, que emana de un tronco común y que entierra sus raíces... de padres a hijos”. Esta “savia” es la que debe circular en los hogares a fin de que sean enriquecidos con los valores del Evangelio y tengan vida abundante en Cristo Jesús. Las raíces cristianas deben extenderse en el contexto de la sociedad postmoderna y para tal efecto la transmisión de la fe ha de estar presente en la familia.

Un ambiente de “donación, entrega y ternura” crea las condiciones aptas en el hogar para comunicar efectivamente el mensaje de la fe. Esta es la condición primera en la vida familiar que López (2007a, p. 17) destaca como base del anuncio del Evangelio. Es a partir del testimonio de la calidez y amor como se comienza a anunciar la verdad del Evangelio entre padres e hijos.

Varias son las estrategias que Monseñor López sugiere para transmitir la fe en el hogar. Se trata de un legado contenido a lo largo de su obra como presidente del Consejo Pontificio que tiene a cargo velar por el cuidado de la institución familiar cristiana en el contexto actual. Esta herencia doctrinal fue recogida en el documento final de la Conferencia de Aparecida, en la cual tuvo participación el Cardenal de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, futuro Papa Francisco.

El documento de Aparecida, según el Cardenal jesuita, toma las ideas inspiradoras que sobre la transmisión de la fe en la familia había señalado el Cardenal López Trujillo, multiplicador de la enseñanza magisterial de Juan Pablo II. Así refiere Bergoglio su relación con López en la Asamblea de 2007:

Me tocó estar muy cerca de él en la V Conferencia del Celam en Aparecida... Precisamente desde este último encuentro con López Trujillo es desde donde

quisiera reflexionar sobre lo compartido y que luego se plasmó en el Documento final. Gran parte de lo expresado en el Documento sobre el tema de la familia fueron ideas y sugerencias de nuestro querido cardenal (Bergoglio, 2008, p. 63).

Sobre la preponderancia del tema familiar en el Documento de Aparecida comenta López Trujillo: "...tal vez el tema más profundizado y tratado en numerosas páginas haya sido precisamente el de la familia y la vida, que no afecta solamente al continente americano" (2008b, p. 216).

Al ser elegido pontífice y convertirse en el Papa Francisco, el anterior Cardenal de Buenos Aires asume el legado de López Trujillo y de la Conferencia de Aparecida y programa tres eventos que tienen como temática la evangelización y la familia: el consistorio de cardenales del 20 de febrero de 2014; la III Asamblea General Extraordinaria del sínodo de los obispos (5 al 19 de octubre de 2014) denominada "Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización"⁹; la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de 2015 (4 al 25 de octubre) titulada "Jesucristo revela el misterio y la vocación de la familia".

Las siguientes estrategias resumen el plan de evangelización de López Trujillo en la comunidad familiar e inciden en los eventos programados por el Papa Francisco en 2014 y 2015 sobre transmisión de la fe en el hogar: invitar a la familia de parte de Dios (López, 2000I, p. 220) en lo que constituye la misión o salida misionera; educar para la contemplación a los miembros del hogar (López, 2000I, p. 216), partiendo de la consideración de la Palabra de Dios y realizar procesos de catequesis dinámica (López, 2000I, p. 221) que

⁹ La primera Asamblea General Extraordinaria se celebró en 1969 y se tituló "La cooperación entre la Santa Sede y las Conferencias Episcopales". La segunda se realizó en 1985 para conmemorar el vigésimo aniversario de las conclusiones del Concilio Vaticano II.

implican la enseñanza de la doctrina católica de modo orgánico y sistemático para conducir a la vida cristiana en plenitud.

Con respecto a la salida misionera por la cual se convoca a la familia, indica el Cardenal colombiano (López, 2000I, p. 220) que es Dios quien “sale al encuentro”, llama e invita a los miembros del hogar para introducirlos en la vida auténtica. Es a través de los misioneros, agentes laicos y ministros ordenados, como el anuncio cristiano llega al seno de la familia, convirtiéndose en portavoces de Dios.

Este género de vida evangélica se descubre gracias a la capacidad de admiración que se despierta en los integrantes de la familia. Sin embargo, expresa López (2000g, p. 596) que una de las grandes pobrezas que experimenta el hombre actual “es su impotencia para admirar y maravillarse”. Es decir, la sociedad presente corre el riesgo de privarse de la vida que el Evangelio concede por la limitación para percibir con asombro las obras de Dios. En gran medida el ser humano posee hoy una visión secularista de la existencia, ajena al vínculo con la trascendencia.

Ante este panorama indica Monseñor López que es urgente proponer una nueva mirada contemplativa de la realidad a la familia para que se despierte en los padres la mística evangelizadora. Así lo refiere el prelado colombiano (2000I, p. 217):

... debemos ante todo alimentar y fomentar una mirada contemplativa, para ver más en profundidad. Precisamente este modo de ver las cosas en la familia me parece una condición para evangelizar, para dar a los esposos el ardor, el misticismo evangelizador, de manera que ellos sean los primeros evangelizadores (p. 217).

Cuando la familia experimenta la admiración contemplativa es capaz de captar los detalles del amor divino y plantea la existencia del hogar como una prueba de la bondad de Dios, suscitándose la valoración, el respeto y el cuidado de cada uno de los parientes. Esta atención espiritual al entorno familiar “lleva a buscar el secreto de su estilo de vida, de un amor que se entrega en la ternura total del amor conyugal” (López, 2012, p. 11).

La sensibilidad ante el don espiritual recibido en casa conduce a la oración asidua y a la consideración continua de los hechos que tienen relación con el misterio de la cruz y la resurrección que fueron preparados por los acontecimientos de la familia de Nazaret. Por tanto, afirma el prelado colombiano (2000I, p. 218), que el contenido de la contemplación está “centrado en el Hijo” e impulsa a la imitación de la vida y obra de Jesucristo.

En una familia empeñada en la contemplación de los misterios divinos surge una “escuela de oración”, como la llama el Cardenal López (2000o, p. 13). Este escenario espiritual “da la tonalidad y la atmósfera a la familia” porque el ambiente familiar en el que se hace presente la gracia se enriquece con los valores cristianos y el amor sobresale en la conducta cotidiana. En esta escuela de contemplación “los padres que oran aportan más a los hijos que muchas páginas o libros eruditos de teología”. Son ellos los protagonistas del proceso de transmisión de la fe en el hogar al presentar la figura ejemplar del orante en comunión con Dios que se graba en la memoria y el afecto de los infantes.

La oración que Jesús enseñó a sus discípulos es presentada por López Trujillo (2000I, p. 223) como el inicio de la contemplación en familia puesto que “es la primera manera de acercarnos a la Palabra de Dios, que debe alimentar toda la vida del creyente”. El Padre Nuestro es el fundamento de la conducta

orante familiar porque encierra el contenido básico de las peticiones que el cristiano presenta a Dios.

Indica el prelado colombiano (20007a, p. 16) que tanto el Padre Nuestro como el Credo son los pilares básicos de la contemplación de los misterios de la fe que se desarrolla en casa y que requieren de la posterior interpretación que ofrece la catequesis.

Otro recurso espiritual que recomienda López (2007a, p. 16) como medio de contemplación en el hogar es el Santo Rosario. En Colombia se practica con frecuencia por parte de las familias católicas que descubren en María de Nazaret la intercesión maternal en favor de la Iglesia. Los misterios del Rosario permiten el “acceso a la fe” en virtud de la consideración de los acontecimientos más importantes de la vida de Cristo; así lo comprendió también Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*.

La celebración eucarística vivida en familia se constituye, en términos del Cardenal colombiano, en una fuente de contemplación excelsa y en la forma más rica de transmisión de la fe (López, 2000l, p. 225). Es el alimento que cotidianamente reciben los miembros del hogar, capaz de asistir al creyente en las distintas etapas de su historia. La asistencia a este banquete sagrado perdura desde la niñez en la memoria de muchos cristianos y suscita sentimientos de gratitud frente a los mayores, padres y abuelos, como signo de entrega del patrimonio de la fe en clima de unidad fraternal. Recordando su vivencia en el seno de una familia eucarística se pregunta Monseñor López (2007a), resaltando el valor de la Santa Misa como base de la comunicación de la fe: “¿No evocamos con especial emoción y gratitud cuando acudimos en familia, con nuestros progenitores –primeros evangelizadores en la fe- al templo parroquial?” (p. 20).

Todos estos medios de contemplación que se ofrecen a la familia para ahondar en la experiencia de la fe, luego del anuncio misionero necesario, requieren de la debida formación catequética que permite la clarificación de las verdades cristianas de manera sistemática y las confronta con la vida diaria.

Frente al proceso de formación catequética para la familia, fundamentado en la Palabra de Dios, indica López Trujillo que es necesaria una enseñanza “con un lenguaje cercano, penetrante, incisivo, que sea primero abundantemente meditado y penetre en los corazones para transformarlos” (2000o, p. 6).

Si se pretende en la actualidad la fundamentación cristiana de los nuevos hogares se requiere una adecuada instrucción de quienes viven el noviazgo y para tal efecto López (2002, p. 11) recomienda la atención a las escuelas prematrimoniales de catequesis que deben estar vinculadas a la “preparación remota” que se brinda desde la infancia con pedagogía familiar; luego se emprende un “camino neocatecumenal” que ofrezca, atendiendo a los contenidos de fe, una preparación “próxima e inmediata” con buen grado de duración y de carácter obligatorio para los contrayentes del matrimonio.

Los procesos de catequesis deben estimular al creyente a una mayor relación filial con Dios, a fin de descubrirlo en la existencia personal como Padre amoroso. Esta comunión se hace evidente en la oración íntima y profunda que adquiere el carácter de diálogo cercano. Así lo indica el prelado colombiano (2000l):

El camino hacia la disponibilidad, el diálogo, la confianza en el Padre, es el centro de toda catequesis. No se trata de algo que está fuera del alcance de una familia, ya que en ella, bajo otras formas, existe ya una experiencia en tal sentido de paternidad, de relación y de apertura... (p. 223).

Esta cercanía a Dios Padre, inspirada en la oración familiar, ha de acompañarse desde el hogar con la enseñanza del Catecismo de la Iglesia puesto que comprende las verdades esenciales de fe, moral, liturgia y espiritualidad, necesarias para la formación cristiana de los integrantes de la familia. Es un compendio de los misterios divinos manifestados a la Iglesia, inspirados en la Sagrada Escritura, centrados en Jesucristo y celebrados en comunidad creyente. Considera López Trujillo (2000I) que el Catecismo, actualizado en 1992, en el proceso de instrucción cristiana “es una ayuda formidable y posible” e insiste en que “no debería ser algo que se confía sólo a las escuelas o a las parroquias” (p. 223).

El proceso de enseñanza del Catecismo en el hogar comienza con la presentación de las verdades de fe contenidas en el Credo. Cuando se comparte de forma progresiva su enseñanza en el entorno familiar se verifica una forma sistemática de comunicación de la fe que tiene como principales responsables a los padres y parientes adultos. Se consolida verdaderamente la familia, en esta formación secuencial, como célula eclesial. López (2000I) plantea un reto de orden pastoral al señalar la necesidad de escuelas de padres que los habiliten para la enseñanza del Credo en el hogar, atendiendo a su tiempo de trabajo, a los momentos de permanencia en casa al lado de sus hijos y a los grados de madurez de los menores:

La Iglesia doméstica transmite la fe en la medida en que enseña el Credo –lo que debemos creer-, introduciéndose así inicialmente en el misterio, según las posibilidades de los padres y los ritmos de crecimiento de los hijos... ¿Cómo ayudar a los padres a enseñar a orar y a profesar el Credo, aunque sea en una catequesis inicial? (p. 223)

Esta catequesis familiar se vincula directamente a la formación en valores cristianos que son testimoniados por los padres y que, por tanto, son

creíbles y asimilables (López, 2002, p. 11). Desde la más temprana edad los hijos conocen las verdades cristianas en sintonía con las realidades concretas de la existencia. De ahí que exista, en un proceso de transmisión de la fe en familia, una “plena coherencia y complementariedad entre ortodoxia y una genuina ortopraxis...” (2007a, p. 17).

La coherencia entre fe profesada y vivida en el seno familiar era una de las preocupaciones pastorales más destacadas del Cardenal López, manifestada a lo largo de 18 años de servicio en la presidencia del Consejo Pontificio para la Familia y que hoy es asumida como línea de inspiración del pontificado del papa Francisco y del programa de evangelización universal.

Esta labor en función de la defensa de la vida humana, de la preservación de la familia cristiana y del desarrollo de la nueva evangelización del mundo contemporáneo fue reconocida por pastores y teólogos de distintas latitudes. Sirven a manera de ejemplo y conclusión las palabras del Cardenal chileno Medina Estévez (2008):

Alfonso López estaba bien convencido de que la familia no es sólo una realidad humana y sociológica, sino un estado de vida marcado por un profundo sentido religioso, un camino para ir creciendo, asumiendo todas las responsabilidades de esta vida terrenal, pero en la perspectiva definitiva de la vida eterna (p. 23)

CONCLUSIONES

La transmisión de la fe en la familia es uno de los temas más importantes que en la actualidad es motivo de reflexión teológica y pastoral por parte de pensadores de distintas latitudes. Tanto es así que los dos últimos sínodos de los obispos, convocados por el Papa, han estado motivados por esta realidad que estuvo bajo el análisis de un Cardenal colombiano a lo largo de 18 años de servicio en el Consejo Pontificio para la Familia.

Varias intervenciones de Alfonso López Trujillo, al servicio del citado dicasterio de la curia romana, giraron en torno a la problemática que atañe tanto al cuidado de la vida, como a la preservación de la realidad familiar cristiana en contextos de secularización creciente que llevan a proponer el proceso de nueva evangelización de manera urgente.

Es importante resaltar que los modos de transmisión de la fe en el hogar que el Cardenal propone mantienen siempre a la Sagrada Escritura, a la Tradición Eclesiástica y al Magisterio de la Iglesia como fuentes de la revelación que tiene como centro a Cristo, verdadero hombre y Dios, salvador de la humanidad. Este criterio es fundamental a la hora de comunicar la fe en el hogar pues se preserva la identidad cristiana en entornos de gran diversidad de pensamiento y acción.

Finalmente, la obra del Cardenal López en lo respectivo a la transmisión de la fe en la familia lo sitúa en medio de tres personajes que han marcado la historia del fin del siglo pasado y del comienzo del presente, tanto con sus obras académicas como con su estilo de vida. Son ellos: San Juan Pablo II, quien lo llamó a servir en Ciudad del Vaticano; Benedicto XVI quien lo confirmó

en la misión al servicio de la familia y Jorge Mario Bergoglio, colaborador del Cardenal colombiano cuando servía como prelado de Buenos Aires. Esta serie de relaciones da cuenta del peso específico del pensamiento de López Trujillo y de su pertinencia en el contexto social y eclesial presente.

BIBLIOGRAFÍA

- Anatrella, T. (2008). Un artífice al servicio de la familia. *Familia et Vita*, 13(2-3), 37-62.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benedicto XVI. (5 abr. 2008). *Los abuelos: su testimonio y su presencia en la familia*. Recuperado de <http://www.zenit.org/es/articulos/benedicto-xvi-los-abuelos-su-testimonio-y-su-presencia-en-la-familia>.
- Bergoglio, J. (2008). La familia a la luz del Documento de Aparecida. *Familia et Vita*, 13(2-3), 63-71.
- Biblia de Jerusalén. (2009). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Cardona, H. (2006). *Los hechos de los Apóstoles: discípulos para la misión*. Bogotá: CELAM.
- Centro Nacional de Consultoría. (10 jul. 2013). *¿Cómo es la nueva familia colombiana?* Recuperado de http://www.centronacionaldeconsultoria.com/articulos/portada_306.pdf
- Conferencia Episcopal de Colombia. (2008). *Cien años de evangelización y promoción humana (1908-2008)*. Bogotá: Kimpres.

- Conferencia Episcopal de Colombia. Departamento de Catequesis (2012). *Orientaciones comunes para la catequesis en Colombia*. Bogotá: Kimpres.
- Daniélou, J. (1998). *Las catequesis en los primeros siglos*. Burgos: Monte Carmelo.
- Del Campo, M. (2005) ¿Qué comunicar hoy? Núcleos esenciales de la transmisión de la fe. *Teología y Catequesis*, (94), 88.
- Duque, G. (2001). *Cinco siglos de producción teológica en Colombia*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Fisichella, R. (11 feb. 2011). *La nueva evangelización según Monseñor Fisichella*. Recuperado de <http://www.zenit.org/es/articulos/la-nueva-evangelizacion-segun-monsenor-fisichella>
- Francisco. (16 may. 2013a). *Discurso del Santo Padre Francisco a los embajadores de Kirguistán, Antigua y Barbuda, Luxemburgo y Botswana*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2013/may/documents/papa-francesco_20130516_nuovi-ambasciatori_sp.html
- Francisco. (2013b). *Carta encíclica Lumen Fidei*. Ciudad del Vaticano: Editrice.
- Francisco. (2013c). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*. Ciudad del Vaticano: Editrice.
- Gómez, H. (1997). *El Cardenal Alfonso López Trujillo*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Gutiérrez, J. (1997). *Testimonios*. Bogotá: Plaza y Janés.

- Juan Pablo II. (1979). *Exhortación apostólica Catechesi Tradendae*. Ciudad del Vaticano: Editrice.
- Lois, J. (2002). La transmisión de la fe en tiempos de crisis. *Frontera*, (24), 33-34.
- López, A. (1985). *Caminos de evangelización*. Madrid: BAC.
- López, A. (1995). Chiusura dell'Anno della Famiglia. En Pontificio Consiglio per la Famiglia. (Ed.). *1994: L'anno della famiglia nella Chiesa* (pp. 234-238). Città del Vaticano: Editrice Vaticana.
- López, A. (1997a). *La familia, don y compromiso, esperanza de la humanidad*. Roma: Editorial Mensajero de San Antonio.
- López, A. (1997b). *La familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad*. Valencia: Ediciones Iglesia en Misión.
- López, A. (1998). Familia y drogadicción. *Familia et Vita*, 3(1), 7-16.
- López, A. (1999). Los ancianos y la familia. *Dolentium Hominum: Iglesia y Salud en el Mundo*, 14(40), 76-78.
- López, A. (2000a). Clausura del tercer encuentro de legisladores de América. Consejo Pontificio para la Familia (Ed.). En López, A. (2000). *Familia y vida* (pp. 388-396). Roma: Edizione Rinnovamento nello Spirito Santo.
- López, A. (2000b). Consideraciones pastorales a los treinta años de la encíclica *Humanae Vitae*. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización*. (pp. 499-508). Estella: Verbo Divino.

- López, A. (2000c). Economía y familia, sentido de un encuentro. En (López, 2000). En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 246-252). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000d). El Espíritu, Señor y dador de vida: la familia y la vida de cara al tercer milenio. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 462-473). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000e). En pro de una auténtica educación sexual. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 277-298). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000f). Fundamentos antropológicos de la cultura de la vida. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 423-446). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000g). Jesucristo, el hombre de los dos mil años. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 593-604). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000h). Juventud y familia. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 447-461). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000i). La familia, corazón de la civilización del amor. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 139-154). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000j). La paternidad divina y la paternidad en la familia. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 543-581). Estella: Verbo Divino.

- López, A. (2000k). La verdad de la familia. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 175-189). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000l). La transmisión de la fe en la familia. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 211-226). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000m). *Los hijos, don precioso de la familia y la sociedad*. Ciudad del Vaticano: Consejo Pontificio para la Familia.
- López, A. (2000n). Los jóvenes y la familia, prioridad en la Iglesia. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 512-524). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000ñ). Misión de los políticos y legisladores hoy: dimensión ética. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 68-78). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000o) Nueva evangelización, familia y sectas. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 1-14). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2000p). Tensión entre la cultura de la vida y la cultura de la muerte en la Evangelium Vitae. En López, A. (2000). *Familia, vida y nueva evangelización* (pp. 227-245). Estella: Verbo Divino.
- López, A. (2002). El obispo y la pastoral de la familia. *Familia et Vita*, 7(2), 7-18.
- López, A. (2004a). A 25 anni dalla III Conferenza generale dell'episcopato latino-americano a Puebla. En López, A. (2004). *La grande sfida: famiglia, dignità della persona e umanizzazione* (pp. 608-619). Roma: Città Nuova.

- López, A. (2004b). I figli, dono prezioso della famiglia e della società. En López, A. (2004). *La grande sfida: famiglia, dignità della persona e umanizzazione* (pp. 213-257). Roma: Città Nuova.
- López, A. (2004c). I figli, primavera della famiglia e della società. En López, A. (2004). *La grande sfida: famiglia, dignità della persona e umanizzazione* (pp. 271-292). Roma: Città Nuova.
- López, A. (2004d). La famiglia e la dignità dei figli. En López, A. (2004). *La grande sfida: famiglia, dignità della persona e umanizzazione* (pp. 304-315). Roma: Città Nuova.
- López, A. (2004e). La familia en la defensa del valor esencial de la vida humana. En López, A. (2004). *Algunos aspectos candentes de la bioética* (pp. 11-45). Bogotá: San Pablo.
- López, A. (2004f). Verso un'antropologia: dignità dell'handicappato alla luce della ragione e della Rivelazione. En López, A. (2000). *La grande sfida: famiglia, dignità della persona e umanizzazione* (pp. 169-187). Roma: Città Nuova.
- López, A. (2005). Los valores de la familia contra el sexo seguro. *Gladius*, 24(64), 101-132.
- López, A. (2006a). En pro de una auténtica educación sexual. En López, A. (2006). *En la brecha; problemas de familia, bioética y política* (pp. 65-92). Bogotá: San Pablo.

- López, A. (2006b). La familia y la doctrina social de la Iglesia. En López, A. (2006). *En la brecha; problemas de familia, bioética y política*. (pp. 217-234). Bogotá: San Pablo.
- López, A. (2006c). Los confesores: ministros de la reconciliación, en la verdad y en la misericordia. En López, A. (2006). *En la brecha; problemas de familia, bioética y política* (pp. 167-185). Bogotá: San Pablo.
- López, A. (2007a). Conferencia inaugural del V Encuentro Mundial de las Familias. Consejo Pontificio para la Familia (2007). (Ed.). *La transmisión de la fe en la familia* (pp. 5-30). Madrid: BAC.
- López, A. (2007b). Fondements anthropologiques de la culture de la vie. En López, A. (2007). *Le grand défi de la famille* (pp. 69-90). Paris: Parole et Silence.
- López, A. (2007c). Le mariage et la famille dans l'Exhortation apostolique Sacramentum caritatis. En López, A. (2007). *Le grand défi de la famille* (pp. 541-545). Paris: Parole et silence.
- López, A. (2007d). Préface. En López, A. (2007). *Le grand défi de la famille* (pp. III). Paris: Parole et Silence.
- López, A. (2008a). Familia y procreación humana. *Gladius*, 26(71), 35-47.
- López, A. (2008b). La familia: lugar privilegiado del amor y de la gratuidad. *Familia et Vita*, 13(2-3), 216-223.
- López, A. (2008c). La pastoral familiar y el obispo. *Familia et Vita*, 13(2-3), 205-215.

- Madrigal, S. (2012). La Iglesia y la transmisión de la fe en el horizonte de la nueva evangelización. *Estudios Eclesiásticos*, 87(341), 274.
- Martín, T. (2005). Ámbitos y lugares de la comunicación de la fe: la familia. *Teología y Catequesis*, (94), 119.
- Medina, J. (2008). Homilía en el trigésimo del fallecimiento. *Familia et Vita*, 13(2-3), 22-28.
- Ramírez, A. (1976). La revelación de Dios y su transmisión. *Cuestiones Teológicas*, 3(6), 17-20, 30-31.
- Richi, G. (2002). La transmisión de fe por la Iglesia: Profesión y testimonio de fe. *Teología y Catequesis*, (81), p. 41.
- Rome Reports. (18 mar. 2013). América es el continente con más católicos pero donde más crece la Iglesia es en Asia y África. Recuperado de <http://www.romereports.com/palio/america-es-el-continente-con-mas-catolicos-pero-donde-mas-crece-la-iglesia-es-en-asia-y-africa-spanish-9467.html>
- Villar, J. (2001). Transmisión de la fe y universidad. *Scripta Theologica*, 33(1), 187.
- Wojtyla, K. (1982). *La renovación en sus fuentes*. Madrid: BAC.